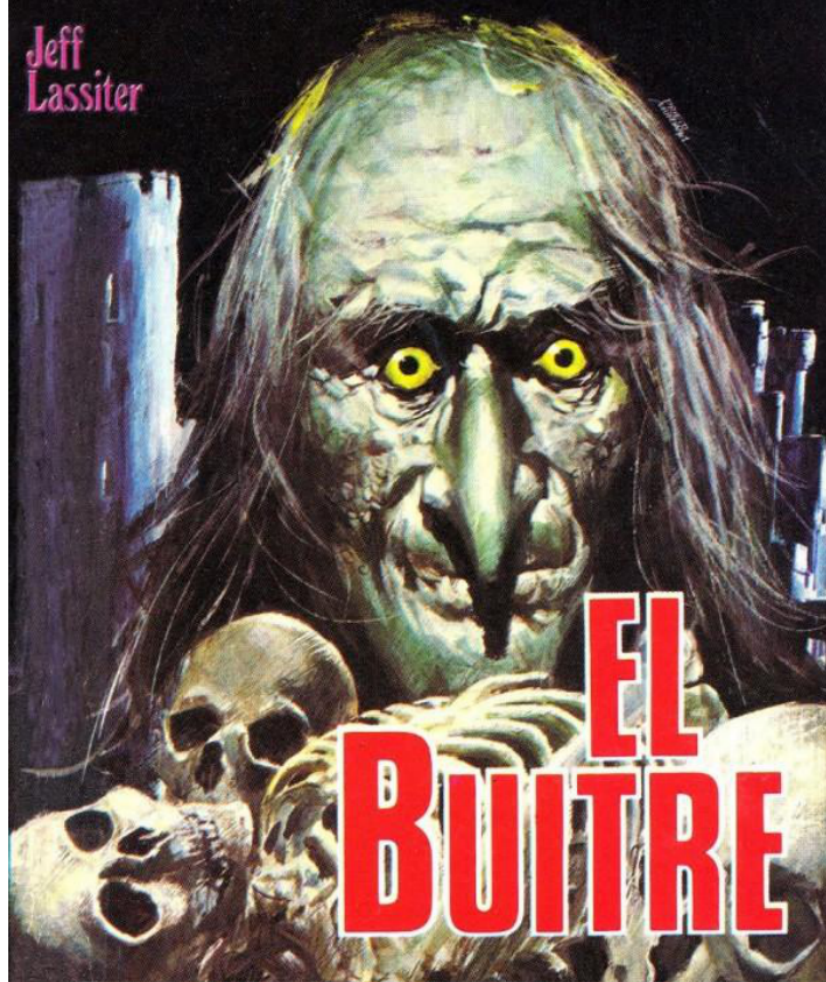




BOLSILIBROS
EASA

Jeff
Lassiter

TERROR



FEAR &



© JEFF LASSITER

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto

PINTO (Madrid)

Director responsable:

Gregorio Ovejero

Publicación semanal

Aparece los viernes

I. S. B. N. 84-06-01364-8

Depósito legal: M. 13.225 - 1978

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (MADRID)



**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

EL
BUITRE

Jeff
Lassiter

TERROR

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPÍTULO 1

ROCCAMANDOLFI es un pueblo de dos mil habitantes, en los Abruzzos de Molise, en la región de las fuentes de Biferno. Allí hay que ir adrede.

Pero merece la pena. Enclavada en una rinconada de los montes del Matese, la población conserva mucho de su antiguo carácter. También su antiguo castillo y una iglesia muy bonita. Los alrededores son abruptos, salvajes. El agua buena, las gentes, como todos los campesinos del antiguo Samnio. La vida, a pesar de todos los modernos adelantos, no se diferencia demasiado de cómo era a principios de siglo. La mentalidad de las gentes ha cambiado muy poco desde el Medievo.

Ahora mismo el coro de niños estaba cantando un salmo con acompañamiento de órgano. Eran las cuatro de una tarde sombría, tormentosa, el trueno se escuchaba a lo lejos y la luz dentro de la iglesia resultaba medrosa. El sonido severo del órgano aumentaba la sensación de medrosidad y algún que otro niño de los que ensayaban voces para la cercana boda de la hija mayor del cacique del pueblo miraba aprensivamente a los oscuros rincones del templo.

De pronto, un trueno mayor que los demás, mucho más cercano también, estalló encima del pueblo, dio la impresión que sobre la mismísima iglesia; y como parte de su eco, el sacristán escuchó un ruido metálico. Algo caía de lo alto del órgano, rebotando acá y allá.

Era uno de sus tubos carcomidos y llegó casi hasta los pies del sacristán antes de detenerse. Un trozo como de sesenta centímetros de longitud y tres largos de diámetro.

Mascullando unas palabras malhumoradas muy poco edificantes, el sacristán se levantó y fue a recogerlo. Arriba, los chicos del coro quedaron expectantes, sin duda pensando que tal vez ahora podrían retornar a sus casas antes de que estallara de veras la tormenta.

Pesaba el tubo de latón más de la cuenta, se dijo el sacristán al levantarlo del suelo. Luego examinó con malhumor la parte rota.

Estaba tan roído el metal que milagro fuera hubiese podido aguantarse tanto en su sitio. Mas... ¿qué era aquello?

Intrigado, el sacristán metió con cuidado dos dedos en la abertura. No

pudo ir muy lejos, tropezaron con un obstáculo.

Los dedos del sacristán estaban habituados a tocar papel. Supieron en el acto que era eso lo que había dentro del tubo roto.

Intentó sacarlo con los dedos y no le fue posible. Entonces utilizó un gancho de metal que tenía entre sus trabajos de lampistería. Poco a poco fue saliendo aquello.

El sacristán solo sabía mascullar latinajos vulgares del culto y su cultura general más bien resultaba deficiente; pero en cuanto tuvo en sus manos aquel rollo de manuscritos amarillentos, cubiertos por una caligrafía cuidada, inimitable, supo que acababa de dar con algo realmente importante. Tras echarle una ojeada de excitada curiosidad envió a los chicos a casa con la excusa de que había tormenta y corrió a buscar al párroco.

El párroco de Roccamandolfi era un hombre de edad mediana, más pre que postconciliar, grueso, bonachón y tranquilo. Acogió a su sacristán con cierta actitud escéptica, que varió de golpe al echar la mirada sobre lo escrito en aquellas gruesas hojas de papel antiguo.

—Caramba, Beppo, parece que en verdad dio con algo interesante. Vamos a ver... Encienda la luz...

Mientras el sacristán obedecía, el cura se caló sus antiparras y tomó la primera hoja del empolvado manuscrito, limpiándola cuidadosamente y comenzando a leer con atención, frunciendo el entrecejo por la dificultad.

El sacristán, naturalmente, se le plantó detrás y encima, a enterarse.

—¿De qué se trata, Don Vincenzo?

—Calla, calla... Esto es extraordinario... ¿Dices que estaba metido dentro de un tubo del órgano? Extraordinario, sencillamente extraordinario... Había noticia, sí, la había, pero, ¿quién iba a pensar? Santo Dios de bondad...

Con tales exclamaciones, el bueno del cura estaba deletreando el escrito, redactado en buen latín por un escribano sumamente cuidadoso de su caligrafía, pero que escribió de acuerdo con las normas de su época. Al cabo de un rato, dejó de leer, metió la hoja de papel con las otras y las volvió a enrollar cuidadosamente.

—Me lo llevo a casa. Ni una palabra de esto a nadie, Beppo, ¿entendido? Ni una palabra.

—Pero ¿no me puede decir de qué se trata?

—No sé si debo hacerlo. Habla de la leyenda del Buitre.

En el mismo momento en que hablaba el cura, naturalmente pura coincidencia, el templo se llenó de un violento resplandor sulfuroso y, acto seguido, estalló un trueno que hizo retemblar las viejas paredes de la iglesia. El cura y el sacristán se persignaron. El segundo dijo, con voz trémula:

—¿La... leyenda del Buitre, Don Vincenzo?

—Sí. Y será mucho mejor que no sueltes la lengua. Hay demasiada superstición ya en este pueblo.

Salieron del templo al poco rato, el cura envolviéndose en su manto y el sacristán acurrucado. El cielo de la tarde estaba negro y no se distinguían apenas los montes que cerraban el valle salvo cuando haces de centellas resplandecían en lo alto. La plaza aparecía vacía, las puertas y ventanas cerradas.

—Menuda tempestad...

El sacristán no contestó. Estaba pensando en aquellos viejos manuscritos. En el Buitre. Y tenía muchas ganas de llegar a casa.

El cura también las tenía, pero por otras razones. Naturalmente, él no era supersticioso. Tampoco lo que se dice un erudito. Sin embargo, ahora sentía un imperioso deseo de leer los manuscritos encontrados. De ahí que, sin hacer gran caso al ama y sus aspavientos por la gran tormenta que se les había venido encima de repente, se metiera en su despacho, encendiera la luz y comenzara a leer con avidez: «Era en el año de Dios 1496 cuando Orderico de Vetrano, señor de Roccamandolfi, cayó bajo la maldición de Cosima Andreazzi...».

* * *

—Realmente, el documento es legítimo y, como tal, vale bastante dinero. ¿Se propone venderlo, Don Vincenzo? En tal caso, yo mismo se lo compraré si no pide mucho. Aunque sin duda Renzo Morrone le va a pagar más, si se lo lleva.

—No pienso llevárselo y menos venderlo. A decir verdad, si se lo he traído a usted, Don Giancarlo, ha sido por constarme su afición a estas cosas y para pedirle consejo. La verdad es que me tiene muy preocupado.

—No me diga que le preocupa esa vieja leyenda.

Antes de contestarle, el cura respiró hondo. Estaban él y su interlocutor, en el despacho del sacerdote, con la mesa por medio y, sobre esta, las hojas cubiertas de antigua escritura. Era media tarde, una hermosa tarde del comienzo de otoño.

—Lo que voy a contarle no debe salir de sus labios, Don Giancarlo, prométamelo.

Giancarlo Volterra parpadeó, sorprendido por la actitud del cura. Conocía a su interlocutor desde hacía años y ciertamente estaba intrigado.

—Tiene mi palabra, Don Vincenzo. ¿De qué se trata?

—Ayer vino un hombre a mi confesionario... En realidad no se trató de una confesión, en tal caso yo no podría hablar de esto. Fue solo una consulta y contarme algo que le había sucedido. Ese hombre estaba muy asustado. No era para menos. Según él, había visto al Buitre.

Giancarlo no pudo evitar un respingo. Luego esbozó una sonrisa

condescendiente.

—Bueno, Don Vincenzo...

—Espere. Como sacerdote, y como hombre civilizado, comprenderá que mi escepticismo ante una noticia así no iba a ser menos que el de usted ahora. Pero el hombre que me lo estaba contando, si bien un pobre pastor analfabeto, a todas luces supersticioso, no me dio en ningún momento la sensación de estar bajo los efectos del vino, o tratando de embrujarme, ni preso de una alucinación. Le conozco muy bien, sé que es un hombre honrado, sobrio, duro, valiente. Desde luego, sin pizca de imaginación.

—¿Y qué le contó?

—Que hallándose cobijado, por la tormenta que sufrimos aquí anteayer, en una cueva del monte Miferno, como a cinco kilómetros largos del pueblo, vio, al resplandor de los relámpagos, volar a ras de los árboles un buitre enorme.

—¿Un buitre con cabeza humana? —se alarmó Giancarlo.

—Eso es lo tremendo. Usted ha leído la leyenda tal y como la relata el monje escritor del siglo XVI, casi contemporáneo con los hechos. Se habla del gran buitre que fue destrozando a todos los parientes de Orderico de Vetrano y que acabó destrozándolo a él; pero en ningún momento se menciona que el buitre tuviera cabeza humana.

—Eso es cierto...

—La leyenda, tal como ha llegado hasta nuestros días de boca en boca, solo habla de un gran buitre. ¿Por qué habría de imaginarse un hombre como Tonio Larzetti una cosa así? Se necesita mucha fantasía, ¿no le parece?

—En efecto.

—Pero hay más. De acuerdo con sus afirmaciones, vio a ese monstruo más o menos a la misma hora en que nosotros hallamos, por puro accidente casual, este manuscrito. De eso no caben dudas. Interrogué a Larzetti una y otra vez, pero ni una sola se desdijo.

Giancarlo se repantingó en su asiento, sacando tabaco. Ahora sí estaba intrigado, incluso excitado. Y comprendía la excitación del sacerdote.

—¿Qué hay con ese pastor?

—Le he ordenado que no cuente una palabra a nadie. Sé que lo hará, como sé que no conseguí convencerle de que todo fue una alucinación.

—¿Y qué quiere usted que yo haga?

—Si he de serle sincero, no lo sé. Le llamé porque conocía sus aficiones, para consultarle. Mi razón y mi fe se niegan rotundamente a aceptar una cosa así, pero conozco a las gentes de mi parroquia. Si comienza a propalarse esa historia, resulta impredecible lo que pueda ocurrir.

Eso también lo estaba pensando Giancarlo. Criado allí, aquellas montañas, propietario en ellas de terrenos, aunque universitario, científico, hombre del pleno siglo XX podía muy bien interpretar, comprender, intuir,

la mentalidad y las reacciones de sus coterráneos. Cuando recibió la llamada del sacerdote y supo de qué se trataba por encima se apresuró a venir, pues una de sus aficiones favoritas era coleccionar libros y objetos raros, antiguos. Ahora tenía delante otra cosa muy distinta. Fascinante.

—Está pensando en Morrone...

—Pues sí. Usted y yo, y todo el mundo, sabemos lo que es, de dónde y cómo ha sacado toda esa fortuna suya. Desde hace poco más de dos años es el señor feudal de esta población, en cierto sentido ha venido a sustituir a Orderico. Aquí aún se vive un poco como en los siglos pasados, si las gentes se enteran de esa fantasía son muy capaces de imaginarla posible...

—Y cualquier enemigo de Morrone puede utilizarlo para hacerle mucho daño, valiéndose del miedo y la superstición.

—Es una de las posibilidades.

—Yo no soy muy amigo de ese hombre, usted lo sabe.

—Pero es, y perdóneme si me meto en lo que no me incumbe, bastante amigo de su sobrina, al menos según mis noticias.

Lo era. Más que eso, estaba perdidamente enamorado de Oriana Fratti, la sobrina carnal de Renzo Morrone, el antiguo miliciano fascista emigrado clandestinamente a los Estados Unidos, convertido allí en gánster y que, al cabo de veinte años, había retornado a Italia, expulsado de los Estados Unidos, convertido en millonario.

Morrone, como algunos otros «capos» del bandolerismo de raíz italiana en Estados Unidos, volvió muy a disgusto a su patria, pero se había incrustado hábilmente en ella, mezclando sus hábitos ultramarinos con las viejas tendencias raciales. Llegó a Roccamandolfi cargado de dólares, adquirió un lote de las mejores tierras del valle y también las ruinas del viejo castillo, gastándose una millonada en restaurarlo. Tenía alma y aficiones de señor feudal, de «condottiero», sin lugar a dudas. Se había lanzado a una hábil campaña de captación de voluntades, mitad por dádivas mitad por el miedo. Las primeras, ostentosas, para tapar bocas y acallar conciencias fáciles de comprar; las segundas, solapadas y muy efectivas, utilizando los servicios de media docena de «gorilas» bien seleccionados que formaban su escolta habitual, y otros cuantos habitantes de la región prestos a ponerse a su servicio para lo que fuera.

Así, en un par de años habíase convertido en un gran señor, el más poderoso de la zona, estaba a bien con todas las autoridades y tenía bien cubiertas sus espaldas por una serie de complicidades.

Asistía a los oficios divinos cada domingo en lugar destacado, presidía, sin detentar ningún cargo oficial, todas las ceremonias oficiales, y muy poco se hacía sin su «visto bueno». Ahora iba a casarse con la aún joven y hermosa viuda del marqués Carpeschi, luego de comprarla pagando todas las deudas de su familia. Realmente era una muy ortodoxa manera de llegar a la buena sociedad.

Giancarlo Volterra pertenecía a la buena sociedad y estaba enamorado de la sobrina de un «gánster». Cosas de la vida. Por eso, y por otras razones, estaba enfrentado con Morrone. El antiguo «gánster» había aprendido a respetarle, aunque no le gustaba tener que admitirlo y menos que se casara con su sobrina y legítima heredera. A él, a Giancarlo, no le hacía ninguna falta el dinero del «gánster», era lo suficientemente rico, sin serlo en exceso. Además, tenía prestigio, relaciones y valor personal. Un hueso muy duro de roer, el único que realmente halló el «gánster» presuntamente regenerado.

Cuando salió de la rectoría y se despidió del cura, llevaba, en un portafolios de negocios, el antiguo manuscrito prestado por Don Vincenzo, y un par de propósitos. El primero lo vio cumplido cuando atravesaba la plaza principal del pueblo con su «Ferrari» color sangre de toro.

—¡Giancarlo!

Oriana era preciosa. Veintitrés años en flor y una de esas bellezas que solo pueden encontrarse en el sur de la península. Vestía una blusa púrpura, pantalones jaspeados, un chaleco de piel de serpiente, un anchísimo cinturón de cuero con descomunal hebilla y unas flexibles botas cortas de caña. Estaba para comérsela. Era moderna, sana, vital y con pocos complejos.

—Supe que andabas por aquí sin avisarme y he venido a cantarte las cuarenta en bastos. ¿Qué significa eso?

—Sube y te lo contaré. Es algo tan fantástico que no te lo vas a creer.

Giancarlo conocía bien a la muchacha, la sabía dotada de muy buenas cualidades, muy distinta, en todo, a su tío, y capaz de guardar un secreto. Así que le habló del asunto tras pedirle discreción.

Ella escuchó al principio curiosa y algo irónica, luego muy interesada.

—¿Tú crees que pueda haber algo de real en toda esa historia? A mí me suena a cuento de brujas.

—Es algo más que eso. Para comenzar, la base histórica es exacta. Orderico de Vetrano vivió efectivamente en la segunda mitad del siglo XV, fue amigo de Cesar Borgia, uno de sus «condottieros», un señor feudal típico, ambicioso, salvaje y feroz. Existen documentales de sus desmanes, igual asesinaba que violaba, incendiaba un convento con los frailes dentro que mandaba degollar a los niños de una población ocupada.

—Qué bestia...

—Había muchos así, entonces. Este parece que se excedió, llegó a estar excomulgado. El caso es que, en cierta ocasión, viendo que no podía apoderarse de la heredad de cierta viuda, la hizo quemar viva acusándola de practicar la brujería. Ya en el tormento, la víctima le lanzó una tremenda maldición, pidió al Diablo, a cambio de su alma, que le permitiera volver del Infierno para vengarse.

—Bueno, la pobre tenía sus motivos...

—El caso es que, no solo según la leyenda, sino también según documentos de la época, al poco tiempo apareció en los montes un enorme buitre. El hijo mayor de Orderico salió un día a cazarlo y lo encontraron despedazado. Si fue el buitre, o alguien que conocía la maldición y se aprovechó de ella para su venganza personal, eso no se sabe. Lo cierto es que, ya mezclada historia con leyenda, los otros tres hijos de Orderico y su propia esposa perecieron misteriosamente, destrozados por el ave siniestra. Por último Orderico, que debía estar a su vez bastante loco, marchó solo a dar caza al buitre, pues no hubo quien osara secundarlo en su empresa.

—¿Y qué pasó?

—Que lo encontraron al día siguiente al pie de un acantilado, en un rincón del monte, destrozado como por las garras y el pico de un ave de presa. Con ello, la leyenda cobró un gran volumen. Veinte años después la escribió un monje. Y de algún modo debió ser traída a la iglesia del pueblo, metiendo los manuscritos dentro de ese tubo de órgano en donde acaban de aparecer tan oportunamente.

—Sí que es curioso. Y la coincidencia con esa alucinación del pastor... Por eso voy a visitarle. Necesito hablar con él, hay algo siniestro en todo esto, lo presiento, y no me gusta nada.

—¿Por qué razones? Tú nada tienes que ver con la leyenda.

—Soy la sobrina del actual señor del castillo, ¿verdad?

Había una nota trivial en la voz de la joven, evidentemente convencida de que todo aquello era una cosa difícil de tomarla en serio. ¿Por qué, entonces, Giancarlo sintió un leve escalofrío?

CAPÍTULO 2

EL pastor habitaba, con su familia, una choza típica idéntica a las otras cinco o seis que formaban el conjunto, casi aldea, donde vivían gentes de su mismo oficio. Allí no se podía llegar en automóvil, Giancarlo y Oriana debieron dejarlo y caminar un buen trecho por el empinado sendero.

Gente pobre de veras, viviendo como a principios de siglo... como en siglos pasados. Los pocos signos de modernismo —alguna radio de transistores, algún que otro cacharro— resultaban absurdos, anacrónicos.

Recelo y silencio, ocultos tras un servilismo hosco. A Giancarlo debían conocerle bastante bien, a Oriana solo de oídas. A las preguntas de él, una mujeruca gorda, de ubres enormes y obscenas, como el bozo de su labio superior, y sus ampulosas caderas, no fea, contestó con reticencia que su marido andaba con las ovejas y cabras por el monte.

—Por allá... Y no volverá hasta la caída del sol.

Había que caminar bastante. Terreno áspero, casi salvaje, hosco, monte puro. Pero Oriana no quiso ni oír hablar de dejarlo.

—Es demasiado excitante, no tratarás de dejarme con la miel en los labios...

A Giancarlo le gustaba demasiado tenerla consigo. Caminaron, pues, por el monte arriba, siguiendo los duros senderos de pastores. Se necesitaban piernas y pulmones, él los tenía, pues era un avezado cazador, Oriana practicaba bastante deporte.

Dieron con el pastor en un vallecito oculto entre los repliegues del monte. Todo el rebaño, entre cabras y ovejas, no pasaba de ochenta cabezas. Un mastín poco ladrador, de agudos colmillos, acompañaba al hombre.

Este les saludó parcamente. Era membrudo, más bien bajo, retostado, hirsuto de barbas y cabellos, pero tenía la mirada honrada. Giancarlo recordaba haber conversado con él alguna que otra vez, durante sus caminatas cinegéticas.

—Vengo del pueblo, de hablar con Don Vincenzo. La señorita es de toda mi confianza, no dirá nada. Quiero que me cuentes a tu aire qué es lo que viste, o creíste ver, la otra tarde. Lo que cuentes quedará entre

nosotros.

—Vi al diablo, Don Giancarlo. Se lo dije al cura y se lo digo a ustedes. Vi al mismísimo Satanás.

Había pánico en los ojos oscuros del pastor, un pánico hondo y duro que nada tenía que ver con el miedo vulgar. No vaciló ni un momento, no le pudieron coger ni un solo fallo.

—La tormenta era tal que metí al rebaño en la cueva grande que hay al pie de las Rocas Plomizas, usted sabe dónde digo, en la barranca, allí enfrente. Tan oscuro se había hecho que entre dos relámpagos parecía de noche, pero no llovía y el aire estaba cargado de azufre. He visto muchas tormentas, pero como la de anteayer, ninguna. Todo rayos y truenos, apenas agua... Me puse en la boca de la cueva para evitar que se me escapara algún animal y entonces lo vi. Sí, como estoy viéndoles a ustedes ahora, pasó a menos de cien pasos de la boca de la cueva, salió volando por detrás de los peñascos del lado opuesto, a la parte de la abadía. Justo cayó un rayo a menos de un tiro de piedra de la cueva, pero hacia la parte del monte, en aquel momento, el resplandor fue como a pleno sol. Y tengo una vista muy buena. No era un buitre como los que aún se veían algunos hace diez o veinte años, ni mucho menos. Era más del doble de grande, unos tres metros de punta a punta de ala, o más aún. Y su cabeza era humana, vaya si era humana. Como que me miró...

Aquel hombre ni exageraba ni mentía, o Giancarlo jamás había visto a un embustero. Estaba poseído de un pánico supersticioso, pero no era capaz de tener visiones, mucho menos de inventar fantasías. Su relato era conciso, cortante, soltaba las palabras casi como puñetazos.

—Le juro que no vi visiones, Don Giancarlo. Sé muy bien lo que es el decir esto que digo. Estuve en la guerra y me dieron una medalla, de tejas para abajo nada me asusta. Pero lo que vi la otra tarde... Aún tengo el miedo metido en los huesos y no pienso dejar que me coja la noche cerca de ese lugar en adelante. Mi perro se puso a aullar y se me metió entre las piernas, eso que está acostumbrado a vérselas con alimañas. Si no era el Demonio, era una de sus criaturas, ya usted sabe a qué me refiero.

Cuando le dejaron ambos iban impresionados, contra su voluntad, por sus palabras y su sinceridad.

—No es posible, tiene que haber sufrido una alucinación, ¿no te parece?

—Sí, eso debe ser.

—Pero no lo crees. Y después de escucharle, te confieso que yo tampoco. Parece tan seguro...

—No sé si te habrás dado cuenta. Ha descrito exactamente a un cóndor andino.

—¿Un cóndor? Pero... No es posible.

—No, no lo es. Ese hombre es analfabeto, apenas si sabe escribir su

nombre, en su vida cogió un libro y menos un tratado de historia natural. Cabe, desde luego, que otro, un emigrado vuelto aquí, le haya hablado de los cóndores. Pero... No me gusta nada todo este asunto y la verdad es que no sé por qué, pues resulta descabellado imaginarse a un monstruo alado así volando por estos lugares. ¿Te importa si nos llegamos al sitio donde dice que vio al monstruo?

—Te lo iba a pedir...

Tardaron una hora en llegar. Era en realidad un sitio sombrío, repelente por su hostil soledad. Peñas y matorrales densos, apenas sí, acá y allá, algún que otro desmedrado pino solitario. Hasta las ovejas hallarían dificultades para alimentarse en aquel rincón de las montañas.

La cueva era espaciosa, estaba un poco más alta que el fondo de la barranca y resultaba de relativamente fácil acceso. Su interior probaba que era muy usada por los pastores. Los dos jóvenes se pararon en su embocadura mirando a todo alrededor.

—De allí dice que emergió, volando en esa dirección. Desde luego, tuvo que verlo perfectamente.

—Qué lugar más siniestro... Ni elegido adrede... ¡Mira! ¿Qué es eso?

La sobresaltada exclamación de Oriana fue provocada por la brusca salida de un gran vuelo de cuervos entre las negruzcas roquedas, hacia el punto mismo donde el pastor viera emerger durante la tormenta al ave imposible. Las aves agoreras pasaron en vuelo bajo cerca de ellos, graznando con fuerza y desaparecieron.

—Vámonos. Este lugar me pone nerviosa.

Se alejaron del siniestro vallejo, pero tomando otro camino.

—Iremos mejor y ahorraremos tiempo por aquí...

Caminaban cogidos de la mano, como niños perdidos en el bosque, por iniciativa de Oriana, que apretaba con nerviosa fuerza a su novio.

—No me gustaría quedarme sola... ¿Aquello qué es?

Era una masa gris emergiendo entre un manchón verde oscuro, allí arriba, en una escotadura de la montaña. Giancarlo se lo dijo.

—Las ruinas del monasterio de Monbaldone. ¿No has estado nunca?

—No.

—Es un monasterio medieval que incendió Orderico, tras saquearlo y asesinar a algunos de sus monjes. Lo excomulgaron por eso. No se volvió a reedificar.

—No me extraña.

—Hasta hace poco permaneció del todo abandonado, solo los pastores y los cazadores le visitábamos, también tiene sus leyendas siniestras. Pero luego lo adquirió alguien, no sé quién, y levantó el muro de piedra arruinado que cercaba el monasterio. La última vez que estuve por aquí, este verano, ya no pude entrar. Es raro, porque no parecía que hubieran intentado reconstruir el monasterio propiamente dicho.

—¿Quién puede tener interés en vivir ahí, ni siquiera de temporada? Yo me moriría de aburrimiento.

—Hay misántropos a quienes les encantan estos lugares. Aquí no sube nadie... ¿Quieres que le echemos una ojeada?

—Bueno...

—No es muy grande, nunca lo fue. Los monjes vinieron aquí huyendo de los sarracenos. Cultivaban el pequeño valle y criaban algún ganado, además entonces los montes tenían mucho bosque aún. En tiempos de Orderico la comunidad constaba de veintidós individuos. Degolló a nueve y clavó al prior por el lugar nefando en una estaca aguzada al fuego. Parte de los monjes pudieron ocultarse en cuevas o subterráneos, otros huyeron a la montaña. Parece ser que en el monasterio había entonces bastante riqueza... Vaya, lo han puesto bien claro.

Tenían delante un muro de piedra oscura, alto, de más de dos metros y una cancela de hierro pintada de negro, no ancha, sobre la cual campeaba un aviso en grandes letras blancas sobre fondo negro: «PROPIEDAD PRIVADA. PROHIBIDO EL PASO». La cancela estaba cerrada y un enorme «gran danés» de fiero aspecto apareció al otro lado de la misma gruñendo y mirándoles con clara amenaza. Detrás del muro y la cancela había un denso follaje, pero salvaje a todas luces, por entre el cual más se adivinaban que notaban las ruinas del monasterio. No vieron, ni oyeron, a persona.

—¡Uf! Me faltaba el perro. Anda, vámonos, ya tengo bastante.

—Sí, será mejor...

Retrocedieron presurosos hasta el pequeño valle y siguieron por él adelante, en silencio. Aparte el comienzo de fatiga, la joven parecía impresionada por todo lo visto y oído en la excursión. Giancarlo iba pensativo.

De pronto se detuvo, mirando al suelo. Oriana miró también y vio lo mismo que él, huellas de neumáticos en el suelo del difícilmente denominable camino.

—Son de motocicleta grande, deportiva. Deben pertenecer al propietario...

Hablaron poco en realidad hasta que alcanzaron la carretera, algo así como tres cuartos de kilómetros por sobre la pequeña aldea de pastores. Su actitud era la de personas que rumian algo difícil de tragar.

El coche de Giancarlo estaba donde lo dejaron. Subieron y él maniobró colocándolo rumbo al pueblo.

—Ha sido una excursión muy interesante —comentó, Oriana, encendiendo un nuevo cigarrillo.

—Sí, en cierto sentido.

—¿A qué te refieres?

—A que después de haber oído al pastor, y visitado ese lugar, uno se

siente predispuesto a creer en lo sobrenatural.

La joven se estremeció.

—Tienes razón. Ha sido como irse a otro mundo.

* * *

—Ahí está tu tío.

Oriana ya le había visto. Y sabía por qué estaba allí.

—No quiero peleas, Giancarlo, por favor.

—No la habrá. Si él no se empeña, claro.

Detuvo el coche junto al Ayuntamiento y se apeó, mientras Oriana lo hacía por el lado opuesto, luego se reunieron ante el vehículo y ella, adrede, se le cogió del brazo.

Ya venía hacia ellos su tío, con la eterna escolta de «gorilas».

Renzo Morrone tenía cincuenta y dos años y los representaba. Todo el dinero del mundo no habría podido refinarlo, su aspecto y sus modales eran los de un «contadino» injertado en «gánster» yanqui de película. Había sido un «dur de durs» en sus tiempos de «camisa negra» y escapó por pelos al fusilamiento huyendo a los Estados Unidos gracias al apoyo de gentes interesadas en ayudarle para que no contara lo que sabía.

Detestaba cordialmente a Giancarlo, cuyo padre, un señor, magistrado liberal, formaba parte del Tribunal que lo había condenado a treinta años de prisión en rebeldía por sus desmanes antes y durante la guerra. Aquella condena había prescrito, entre otras razones porque Morrone gastó buen dinero entre quienes podían lograr que prescribiera. No obstante, para Morrone el hijo del hombre que dictó sentencia contra él seguía siendo un enemigo.

Veinte años largos en América, habíanle cambiado la mentalidad lo suficiente para no comportarse como un siciliano o calabrés. Ahora era poderoso y temido, estaba en paz con la Justicia, tenía un muy productivo negocio de contrabando que requería, sobre todo, prudencia, tacto y ninguna publicidad. Le convenía aguantar, y aguantaba. Hizo una seña a sus «gorilas» para que esperasen y siguió solo hacia la pareja, afrontándoles con su dura mirada y su voz áspera.

—¿De dónde vienes con este hombre, Oriana?

La joven conocía muy bien a su tío, adoptó la actitud más adecuada, y le contestó con serena frialdad:

—De dar un paseo, tío.

—Te fuiste con él hace más de cuatro horas. ¿Dónde has estado?

—En ningún lugar donde haya ocurrido nada que pueda soliviantarle a usted, Morrone.

La réplica de Giancarlo fue seca, concisa y arrogante, impregnada de un leve desdén. Morrone saltó como si lo hubiera pinchado.

—¡Señor Morrone para usted, Volterra! Si piensa que le toleraré el que ponga en la picota la reputación de mi sobrina...

—No sea ridículo. La reputación de su sobrina está más segura conmigo que a su lado, por razones que usted y yo sabemos. Y en cuanto a su pretensión que le llame «señor», es sencillamente risible, ¿no cree?

Morrone estaba lívido. Giancarlo acababa de recordarle que era hijo de una criada de los Volterra y un chupatintas que ganó el pan en el despacho del abuelo de Giancarlo.

—Algún día voy a darle lo que se merece...

—Tendrá que hacerlo, pero no en la forma que insinúa.

Eso también lo sabía Morrone. Giancarlo y su padre poseían ciertas pruebas referentes a un robo con homicidio, delito que no prescribía. También poderosas amistades. Se refrenó, pues, y trató de contemporizar.

—Le tengo prohibido que corteje a mi sobrina, señor Volterra. Y me estoy cansando de repetírselo.

—No puede prohibirme que quiera a Giancarlo, tío Renzo. Soy mayor de edad y dueña legalmente de mis actos.

—Supón que te desheredo.

—Me tendría sin cuidado.

Morrone sabía que estaba vencido en aquel asunto, que debería acabar cediendo. Pero no le gustaba.

—Mientras vivas conmigo me obedecerás. No quiero que vuelvas a andar sola por el campo con ningún hombre.

—Iba conmigo. Y si intenta decir que su sobrina y yo podemos dedicarnos a hacer el amor en un ribazo tendré que darle un puñetazo en las narices.

—¡Inténtelo y...!

—¿Ordenará a sus «gorilas» que me disparen en una emboscada o me preparen un accidente mortal?

—¡Basta de eso! Giancarlo, por favor, márchate, déjalo. Te llamaré mañana, voy a pasar unos días en Caserta, en casa de mi madrina...

Solo había una forma de cortar la disputa entre ambos hombres y era separándoles. La madre de Giancarlo era de Campobasso. Podrían estar solos, tranquilos, unos días, allí en Caserta, en Nápoles...

Giancarlo sabía que no le convenía llevar al extremo las discusiones con Morrone. Luego iba a pagarlo Oriana, en cierto sentido. También él tenía sus problemas al respecto, sus padres y abuelos no aceptaban a Oriana en la familia, precisamente por su tío y tutor. Era un asunto para llevarlo con calma y diplomacia...

Se marchó, dándole un beso que ella contestó con otro que no dejaba lugar a dudas sobre sus sentimientos. Y como suponía, Oriana tuvo que vérselas de inmediato con la ira de su tío.

—¡No te casarás nunca con ese tipo, aunque tenga que matarlo de una

paliza! Aparte de que sabes muy bien que su familia no te va admitir...

Eso, Oriana también lo sabía. Y creía conocer bastante bien a su tío. No lo quería, más bien lo despreciaba, en cierto sentido le provocaba miedo y repulsión. Sin embargo, él había sido bueno con su madre y con ella. Cuando su padre falleció se encargó de que nada les faltara, mandó dinero, les ocultó en cierto sentido sus verdaderas actividades; gracias a su ayuda ella pudo estudiar una carrera en un buen colegio, convertirse en una señorita, codearse con gente de calidad social. Cuando su madre enfermó de muerte, su tío Renzo se había volcado, hasta arriesgó la deportación a Italia para venir a verla antes de que muriera. Ella era demasiado italiana, demasiado mujer, para no agradecersele. Aparte de con ella, su tío siempre se portó bien. Era lo que era, no se podía negar. Pero tampoco podía arreglarse.

—Quiero que estés aquí pasado mañana, sabes muy bien por qué...

Daba una fiesta. Una de sus grandes y ostentosas fiestas sociales a las que invitaba a gente de muchos lugares, hasta de Roma y Nápoles. En esta ocasión vendría la marquesa, su prometida, con un tropel de parásitos elegantes, parientes, amigos suyos que no se perdían una oportunidad de pasar bien a costa de Renzo Morrone sin perjuicio de despellejarlo a sus espaldas.

Giancarlo llegó a Campobasso una hora después, y realizó una visita que venía rumiando durante el camino, solicitando una información.

—¿El antiguo monasterio de Monbaldone? Eso está aquí. Sí, en efecto... Bueno, parece ser que lo tiene alquilado un investigador alemán llamado... Horst Klemens. Exacto. Solicitó y obtuvo licencia para instalar un laboratorio de química biológica. Parece ser que anda buscando ciertas trasmutaciones en las semillas con objeto de mejorar la producción agrícola.

Giancarlo salió de allí más preocupado incluso que había entrado. Y, ya en su casa, llamó por teléfono al cura de Roccamandolfi.

—¿Qué sabe usted de ese alemán que vive en las ruinas de Monbaldone, Don Vincenzo?

Don Vincenzo sabía bastante, como buen párroco. Al parecer, el alemán era un individuo huraño, que nunca iba al pueblo y al que solo alguna que otra vez se le veía dando paseos solitarios por los alrededores de las ruinas. Según parecía también, trabajaba solo, sin ayudantes, y cuidaba de él una mujer ya madura. Ella era quien iba al pueblo todas las semanas a adquirir provisiones, utilizando para ello un asno grande, con albardas y alforjas. Hacía buen gasto, pero nadie lograba sacarle del cuerpo una palabra.

—¿Quién es el propietario de esas ruinas? ¿Lo sabe usted?

—Pues no tengo idea... ¡Aguarde un momento! Creo que toda esa zona debió pertenecer a los últimos descendientes de Orderico, pero no estoy muy seguro.

Al día siguiente, en el Registro de propiedad Rústica, un empleado le puso delante un grueso tomo, abierto por su mitad.

—Aquí lo tiene, profesor.

La última anotación del predio de Monbaldone correspondía a una fecha veintidós años anterior. Giuliana Francesca di Vetrana, por testamento, había legado la propiedad a su nieto Orso, menor de edad...

La abuela de Giancarlo le informó al respecto.

—Sí, claro, se me había olvidado... Giuliana y yo fuimos buenas amigas. Era muy guapa, muy distinguida y muy orgullosa también. Se casó con un industrial de Pescara y tuvieron tres hijos. El mayor era terrible, algo serio. Estaba medio loco. No dejaba a mujer tranquila, ni a las más respetables. Era un sádico, pero también muy inteligente. Se hizo fascista pero despreciaba a los fascistas. Cuando la guerra fue aviador y lo derribaron en África del Norte. Parece ser que, antes de morir, legitimó a un hijo que había tenido con una joven de muy buena familia...

Fue todo lo que por el momento Giancarlo pudo averiguar. Y a decir verdad, él mismo se preguntaba qué diantres estaba tratando de averiguar.

CAPÍTULO 3

LA fiesta estaba resultando un éxito. Sesenta y tantos invitados, más una veintena de «pegados», entre ellos personajes de segunda fila de la política, las letras y la buena sociedad, las finanzas y el arte.

Oriana estaba fatigada de veras, sobre ella había recaído gran parte del trabajo organizador y ahora llevaba dos horas soportando el acoso de los hombres empeñados en convencerla de que nada mejor podía hacer que irse con ellos a practicar el amor en lugar cómodo y discreto.

Vio a su tío, eufórico, enfundado en su traje de etiqueta cortado por uno de los mejores sastres ingleses, en compañía de su marquesa. Ella era alta, hermosa, con la expresión un tanto triste, un tanto displicente. Muy elegante, treintañera y larga. Sabía, y todos los allí presentes, que iba a venderse pura y simplemente, al antiguo «gánster» por mucho dinero. Eso era bastante habitual en la buena sociedad de modo que nadie se escandalizaba.

Oriana estaba más que harta de aquel tipo, pero no se lo podía quitar de encima. Huyendo de él había salido a los jardines. Morrone había gastado un platal en aquellos jardines, incluso haciendo traer grandes árboles con sus raíces y todo en camiones especiales, para plantarlos allí. El resultado era una hectárea de parque boscoso, del más puro estilo italiano del Renacimiento, lleno de fontanas, parterres, imitaciones de estatuaria clásica, glorietas y así.

Acababa de dar media vuelta tras sorprender a una pareja haciéndose el amor en una de aquellas rotondas cuando sonó aquel alarido espeluznante. Justo llegaba uno de sus galanes buscándola y le vio pararse en seco, sobresaltado. No era para menos, ella misma no pudo dominar un violento escalofrío. Aquel era un alarido de muerte, salido de una garganta de mujer.

Se repitió. Venía del fondo del parque, a su izquierda, como a unos treinta o cuarenta pasos de distancia, tal vez más. Un sonido odioso, crispador, que le taladró los oídos hasta el cerebro, agarrotándola.

—¡Dios Santo! ¿Qué es eso?

La exclamación y la pregunta del hombre parado a corta distancia hizo

reaccionar a la joven. Podía ver cómo aparecían hombres y mujeres en las grandes ventanas de la planta baja del castillo, y en la terraza, mirando al igual que ellos, haciéndose la misma pregunta con idéntica entonación.

—¡Ha sido por allí!

El hombre vaciló, pero luego se le reunió. Estaba pálido y afectado. De una de las rotondas salió una pareja, ella joven, él no tanto, igualmente alarmados.

—¡Vamos, ha sonado en esa dirección!

Ya estaban moviéndose otras personas tras ellos, también ocultos por la fronda del parque. Había en el cielo algunas nubes, gruesas, lentas y un pequeño cuerno de luna pálida. El viento, ligeramente fresco hasta entonces, sopló de nuevo y Oriana se estremeció. Era frío.

Iba corriendo, como los demás, cuando oyeron la nueva exclamación.

—¿Qué es eso que vuela? ¡Parece un buitre!

Aquellas palabras golpearon fuerte el cerebro de la joven.

Y así al instante distinguió, emergiendo por sobre uno de los árboles, contorneado fantasmalmente por la lívida luz de la luna en declive, al Buitre.

Se paró en seco, dominada por un miedo sobrenatural. No cabían dudas, «aquello» que se alejaba batiendo sus grandes alas era un buitre enorme. Un cóndor andino...

Junto a ella, sus acompañantes también miraban, desconcertados, al gran animal. Pero ellos ignoraban lo que ella sabía. Dos hombres se les adelantaron, buscando ansiosamente a quién había emitido aquellos gritos, otros corrían en la oscuridad del parque, llamándose a voces, y venían desde el castillo más.

Reaccionando con un esfuerzo, Oriana reanudó su avance en compañía de la otra muchacha. Iban en silencio, porque las embargaba un pensamiento siniestro, mucho más fuerte que Oriana.

Cuando oyeron la sobresaltada exclamación ya no les cupo duda.

—¡Gran Dios!

—¡Aquí!

—¡Aquí!

Tres hombres estaban ya en aquella rotonda, uno de ellos sujetando a una mujer que sollozaba histéricamente, estremecida. Por todas partes se escuchaba el ruido de los que venían a averiguar lo sucedido.

El que había venido buscando a Oriana tenía la cara cenizosa cuando trató de detenerlas.

—No... no miréis... Es... espantoso...

Oriana no se detuvo. Sabía lo que iba a ver, al menos creía saberlo. Avanzó, cual empujada por el horror mismo que sentía.

La mujer estaba caída, en descoyuntada postura, en mitad de la pequeña glorieta. Ahora, la luz de la luna, difusa, pálida, la iluminaba. La

falda del vestido de cóctel color rosa tostado aparecía remangada y las piernas al descubierto, extrañamente contorsionadas.

Pero el horror no estaba allí.

Oriana sintió un violento mareo y todo se le medio desvaneció ante los ojos. Gimiendo, tambaleóse y buscó apoyo. Era demasiado espantoso.

Cuando pudo reaccionar ya había una docena de personas en la glorieta, sonaban exclamaciones en diversos tonos de sobresalto y horror, voces duras, roncadas, de hombre pidiendo alejar a las mujeres, otras preguntando qué había pasado...

Unas manos fuertes la sostuvieron y oyó a uno de los guardaespaldas de su tío:

—Vamos, señorita Oriana, venga conmigo...

No quiso. Tenía que verlo, era absolutamente necesario aunque no lo pudiera resistir...

Se desasíó del «gorila» y volvió a mirar, incluso dio otro paso adelante. Pero las piernas le fallaron lastimosamente, se le revolvió el estómago, no hallaba aire para sus pulmones. Demasiado espantoso...

Otro de los guardaespaldas de su tío se había arrodillado y alumbraba, con una potente linterna eléctrica, el cuerpo destrozado de la mujer.

Destrozado, era la palabra justa. Como con navajas de afilada punta...

La cara, el cuello y el pecho, los hombros... Un horror.

Era una mujer de escasos treinta años, bastante guapa. Estaba degollada, con la garganta abierta y por media docena de profundos surcos, que casi le habían arrancado de cuajo la cabeza. También tenía salvajemente rasgada la parte superior del pecho. Todo aquello era una masa roja borbollante, un palpar como de lava escarlata brotando de las atroces cortaduras. Sangre, sangre... y dos ojos abiertos al máximo en un paroxismo de horror.

Oriana no lo pudo resistir. Aquel agobio aterrador se le volvió súbita negrura y la negrura le golpeó la cara, los ojos, el cerebro. Luego no supo más.

Cuando caía llegaba, a toda prisa, su tío con varios de sus invitados varones y de sus «gorilas».

—¿Qué demonios pasa a...?

El hombre arrodillado junto al cadáver se levantó, pero mantuvo apuntada la luz de su linterna al mismo. Temblaba aquel rayo de luz. También el de otra que se le unió, acabando de centrar el cadáver. No era para menos.

Renzo Morrone había visto muchos muertos, mucha sangre. Él mismo había matado a alguna gente. Sin embargo, ahora se le cortó la voz, tragó aire con fuerza y palideció. Estaba viendo algo distinto.

Poco a poco, un cerco de hombres impresionados, también una o dos mujeres más empujadas por la morbosa curiosidad que por el coraje, rodeó

a la mujer destrozada. Veinte pares de ojos dilatados por el horror no podían apartarse de ella, de aquella erupción de sangre roja y caliente...

—¿Qué... qué ha pasado? ¿Quién lo hizo?

—No lo sé, jefe. Oí esos alaridos y corrí cuanto pude pero cuando llegué ya estaba en tierra. Había otro hombre, de inmediato llegaron otro y una mujer, otros, su sobrina... Lo único raro que vi fue a un gran pajarraco volando a ras de los árboles, alejándose hacia el valle. Grande como un águila o un buitre...

* * *

—Ven cuanto antes, por amor de Dios. Es horrendo...

La voz de Oriana había sonado repleta de pánico y angustia en el teléfono. Y lo que dijo había hecho saltar a Giancarlo del lecho a toda prisa, vestirse en un santiamén, correr a su automóvil, sin demorarse a explicar nada a nadie, ponerlo en marcha y apretar el acelerador.

A la salida de la ciudad alcanzó a la policía. No se atrevió a sobrepasarles, entre otras razones porque los otros iban a la velocidad máxima, la carretera era peligrosa y deseaba llegar, no tener que pararse y dar explicaciones de su prisa. De modo que se mantuvo a rueda, mientras en su cerebro daba vueltas y más vueltas el absurdo, lo imposible.

Se mantuvo pegado al coche policial hasta la misma entrada del castillo. Había dos de los hombres de Morrone de guardia, pero, fuese por la lógica impresión de los hechos, o por creerle también policía, no le detuvieron. Paró el coche discretamente a un lado, entre los de los invitados, y salió, para verse delante de un inquisitivo oficial de la policía criminal.

—Nos ha estado siguiendo desde Campobasso, ¿por qué?

—Soy el profesor Giancarlo Volterra. Sostengo relaciones con la sobrina de Renzo Morrone y ella me avisó lo ocurrido por teléfono.

El inspector de policía le conocía y llamó a su subordinado, dejándole tranquilo. Por otra parte, ya estaba allí Morrone y algunos de sus más conspicuos invitados. Resultó significativo que el «exgánster» apenas si le mirara. Parecía sombrío, afectado.

—La cosa no tiene explicación, inspector. Un asesinato bestial, una pobre mujer que no había hecho daño a nadie...

—Concretamente, ¿qué ha sucedido?

—Yo daba esta noche una fiesta a mis amigos, por mi próximo enlace. Gente conocida, personas de calidad... De repente se oyeron dos gritos espeluznantes, corrimos... y allí estaba ella, destrozada como con cuchillos.

—¿Destrozada?

—Venga a verla.

Giancarlo se sumó a la sombría comitiva sin que nadie se lo impidiera.

La planta baja del castillo estaba brillantemente iluminada y un como mosconeó zumbaba por toda ella. Un centenar de hombres y mujeres venidos a divertirse, sin complicaciones se encontraban ahora ante el crimen, el horror y el misterio. Se les notaba que no les gustaba lo más mínimo.

Habían depositado a la interfecta en un cuarto pequeño de la planta baja del remozado castillo, uno de los destinados a la servidumbre. Dos hombres, un carabinero y un guardaespaldas de Morrone, montaban guardia. El segundo les abrió la puerta, en silencio. Tampoco impidieron el paso a Giancarlo.

—Ahí está...

La habían cubierto con una sábana, echándola sobre una manta. Y la sábana estaba ya empapada de sangre.

—No debe quedarle ni una gota en el cuerpo... —la voz de Morrone sonaba raspante—. Ya sé que se debe dejar el cadáver donde se le encuentra, pero en las circunstancias del hecho decidí trasladarlo aquí.

—Hizo mal. Su deber era...

El inspector se cortó en seco, porque el propio Morrone acababa de alzar la sábana ensangrentada; y desde luego había para impresionarse, por endurecido que uno estuviera.

Cuando Giancarlo salió de allí estaba muy pálido y sentía como si le hubieran llenado de hielo las venas. Procuró escabullirse por entre criados e invitados, pero llamó a uno de los primeros para preguntarle por Oriana. El hombre debía conocerle de vista, pues se mostró relativamente servicial.

—Debe estar en su cuarto, se puso enferma...

Estaba enferma, pero no en su cuarto, Giancarlo la vio aparecer en el mismo momento, blanca como el papel, con una expresión angustiada. Corrió a su lado y le aferró ambas manos con nerviosa energía. Él la notó temblar.

—Aquí, no. Vamos a un lugar más discreto.

—Fuera no, Giancarlo. Tengo mucho miedo...

Seguro que sí, Giancarlo la condujo a un lugar de la planta baja relativamente aislado y le pidió que le ampliara detalles del suceso.

—¿La... has visto? —balbució la joven.

—Entré con la policía y con tu tío. Es... tremendo.

—Ha sido el Buitre. Le vi, le vieron todos...

—Eso no es posible. Ni siquiera un cóndor andino podría encarnizarse de tal modo con una persona. Además los cóndores no vuelan de noche, ni tampoco atacan a los seres humanos, adultos, si no se les provoca mucho.

—Ese sí, Giancarlo, ese sí... No es un cóndor vulgar, sino una bestia del infierno...

—¿Viste su cabeza?

—No... Solo cuando se alejaba, volando a ras de los árboles, contra la

luna... No fui yo sola, otros también lo vieron. Y esa pobre mujer...

Temblaba como azogada, al borde de una crisis de nervios. Giancarlo necesitó mucho esfuerzo para tranquilizarla un poco. Por suerte, ahora todo el mundo andaba sumido en la misma angustiada pregunta. Una de dos vertientes.

—¿Quién pudo hacerlo? ¿Qué era aquel gran pájaro?

Giancarlo logró que Oriana le dejara ir con los policías. Habían llegado mientras una ambulancia, el forense, también un equipo de huellas. Los carabineros del pueblo, con su cabo al frente, y los guardaespaldas de Morrone, estos bastante nerviosos por cierto, se encargaban de impedir que nadie saliera del castillo; no tenían mucho trabajo, salvo para evitar que cogieran los automóviles y huyeran de allí.

El grupo de hombres silenciosos llegó a la siniestra glorieta. Ya no había luna, pero media docena de potentes linternas eléctricas la hicieron innecesaria.

—Por lo que puedo calcular, ella vino aquí a entrevistarse con su amigo, el honorable Condozzi. Confío en su discreción, aunque, después de muerta la pobre Giuseppina, de poco va a servirle... Estaba liada con Condozzi desde hace unos meses, pero la cosa se mantenía muy discreta. Esta noche los dos se encontraban aquí. Pero imaginar al pobre Condozzi, o al marido de Giuseppina, capaz de eso...

Además, el marido se encontraba en el momento del asesinato dentro del castillo, en compañía de varias personas. El amante, un cuarentón fornido y elegante, un buen vividor, estaba totalmente destrozado, enfermo. Desde luego, juró y volvió a jurar que no se encontraba con la interfecta en el momento de los hechos.

—Habíamos convenido en reunirnos aquí, en efecto. Ella debía venir por un lado y yo hacerlo por otro, para no despertar sospechas... Pero me detuvo, justo cuando salí, Memmo Dalpella... Es un pelmazo, insistió para que le concediera unos minutos y no vi modo de quitármelo de encima. Cuando acababa de hacerlo sonó el primer alarido...

Era cierto. Y había por tanto, que descartar a los dos máximos culpables presuntos. Además, aunque el terreno estaba totalmente pisoteado en la glorieta, la siniestra mancha de sangre ya embebida en la tierra y otras marcas que no escaparon a los policías provocaban eso, el desconcierto, cuando menos.

Morrone parecía ávido de cooperar. Y sabía lo suyo de asesinatos, de la tarea policíaca.

—Hice marcar exactamente con un hierro la silueta del cuerpo tal y como fue encontrado. A mi juicio, la atacaron de frente, cuando el primer alarido, y no tuvo tiempo para defenderse. Estaba muerta cuando llegaron los primeros en su ayuda, aunque apenas si debieron transcurrir un par de minutos. Ya han visto cómo quedó...

Volvieron al castillo, dejando a varios agentes estudiando el terreno. El forense ya había examinado el cuerpo superficialmente, desde luego hasta él parecía impresionado.

—Si no fuera imposible, diría que esa desdichada fue atacada por un animal salvaje provisto de garras excepcionalmente largas, aguzadas, además de una especial malignidad, casi humana. Tengo que practicar la autopsia detenidamente, pero en principio, parece como si el asesino hubiera lanzado su primer ataque a la garganta, por ambos lados a la vez. Luego, cuando la víctima cayó, se encarnizó con ella descargándole media docena de zarpazos. Francamente, no sé de ningún animal feroz que sea capaz de actuar de tal modo. Y en un ser humano...

Lo dejó en el aire. Giancarlo estaba sintiendo como si un soplo gélido se le metiera debajo de la piel. No era posible, no era posible...

Volvió a reunirse con Oriana. Los policías estaban ya metidos de lleno en su interrogatorio y eso les permitía escabullirse. Subieron al piso superior sin ser molestados, la joven se hizo explicar lo sucedido y retornó a su nerviosa afirmación.

—Es cosa maligna, Giancarlo, no caben dudas. Ya sé que la razón la rechaza, pero ¿quién, si no fue la demoníaca bestia alada que vio el pastor, pudo destrozar de un modo tan salvaje a la pobre Giuseppina? Debió sorprenderla sola y se le abalanzó sin darle tiempo a nada, ella al ver su horrenda imagen imposible, gritó, y volvió a gritar un instante antes de que la degollara...

Era así cómo pudo ocurrir, sí. Pero ¿cómo aceptar, casi en el año 2000, la existencia de un monstruo de pesadilla que se dedicaba a destrozar seres humanos?

CAPÍTULO 4

EL bueno del cura estaba abrumado. Solo hacía un rato que Giancarlo le comunicó la noticia y ahora, hundido en su viejo sillón, parecía como incapaz de reaccionar.

—No puede ser, Dios no puede querer nada así...

—Mi razón se resiste también a admitirlo. Pero los hechos son los hechos. Una mujer, pariente del actual propietario del castillo, ha sido salvajemente destrozada casi a la vista de un montón de personas, a medianoche, en el parque del castillo. Varias personas juran haber visto volar a una gran ave al contraluz lunar, alejándose de aquel punto. Y el forense asegura lo que yo mismo he visto. El agresor parecía ser un animal provisto de garras enormes y buidas como puñales, pero también de una intencionalidad humana.

—El Buitre... Pero, ¿por qué, por qué, Señor?

—Eso es lo que hay que averiguar. La policía ya está trabajando sobre el asunto, pero creo que Morrone no va a permitir que se vuelquen aquí los periodistas. No le conviene en absoluto, de modo que se pondrá, si no está ya haciéndolo, a mover sus peones a fondo para lograr que se oculte la faceta más inexplicable del crimen.

—No tardará nada en saberse en el pueblo y en toda la comarca. La noticia correrá como el viento.

—También lo creo. Y que los habitantes de la región van a callarse como tumbas. O mucho me engaño o el terror se enseñoreará de Roccamandolfi y su contornada, a no ser que alguien logre aclarar pronto ese asesinato.

—Tenemos que contarle a la policía lo que sabemos...

—Ya lo he pensado. Y no me decido. ¿Qué podemos decirles, que un pastor afirma haber visto en mitad de una tormenta volar a un cóndor americano con cabeza humana? Nos van a meter en un manicomio, Don Vincenzo. Y si les damos el viejo manuscrito nos acusarán de estar tratando de atraer publicidad morbosa sobre este pueblo, o de algo aún peor, de ser cómplices, conscientes o no, del criminal. Por ejemplo, la policía puede pensar en que alguien, deseoso de causarle daño a Morrone

por alguna razón, y conocedor de la existencia de ese manuscrito recién encontrado, de la antigua leyenda, haya planeado un crimen especialmente salvaje y absurdo en apariencia.

—Pero usted está autoacusándose...

—En cierto modo, prevengo lo que ocurrirá. Todo el mundo sabe que deseo casarme con Oriana y que su tío se opone a nuestra boda, que no nos llevamos nada bien. Las gentes son muy suspicaces por aquí, Don Vincenzo, tanto como supersticiosas... Y eso es malo... ¡Muy malo!

Sabía que no exageraba. Y que no tendría que esperar mucho para comprobarlo. El Buitre había echado a volar y su aleteo siniestro iba a cubrir a la comarca.

* * *

Los dos «gorilas» estaban aguardándole junto a su coche. Ya el pueblo conocía que en el castillo hubo un asesinato, notábase en el ambiente de calles y plaza principal.

—El señor Morrone quiere hablarle.

Hubiera sido estúpido discutir, o negarse. Les siguió.

A la dura luz solar, el castillo aparecía tremendamente silencioso. No quedaban coches en la explanada, todos los invitados del «exgánster» habían salido de estampida apenas la policía se lo permitió. Los carabineros y policías de paisano andaban husmeando por el parque.

Morrone parecía algunos años más viejo a la luz de la mañana. Envuelto en ostentoso batín, fumaba un costoso cigarro con aire abstraído, reconcentrado. Miró de reojo a Giancarlo y ordenó a sus hombres que les dejaran solos.

—Cuénteme esa historia del buitre, Volterra. Todo lo que sabe.

—¿Por qué cree que sé algo?

—Yo me entero de todo lo que pasa en este pueblo. El otro día, durante la tormenta, se rompió un tubo en el órgano de la iglesia y dentro había un manuscrito antiguo con la leyenda del Buitre. Usted colecciona antigüedades y al día siguiente vino a entrevistarse con Don Vincenzo.

—Tres días después.

—Da lo mismo. Él le llamó por lo del pergamino. Luego usted y mi sobrina estuvieron en Maltavi preguntando por un determinado pastor, se metieron solos por el monte tardaron casi cuatro horas en reaparecer en el pueblo. Oriana se niega a contarme nada, pero una muchacha como ella no estaría tal como ella está ahora, en la cama, enferma, solo porque vio el cadáver de la pobre Giuseppina. Y luego tenemos eso que ella, y otros dicen sobre que vieron volar anoche a un gran Buitre poco después de oír los alaridos. ¿Va a decírmelo por las buenas, Volterra? Este asunto no me gusta nada y no debe seguir.

Giancarlo sólo necesitó un par de minutos de reflexión.

—Usted ha nacido y se ha criado aquí, Morrone. ¿Qué opina de las supersticiones y las viejas leyendas?

—Que son paparruchas. Pero a mi prima la asesinó alguien de un modo especialmente salvaje y ella no había hecho nada que justificara tal modo de morir.

—¿Qué dice la policía?

—Están desorientados. El inspector opina que algún paranoico se coló anoche entre mis invitados y atacó a Giuseppina con una especie de guantes terminados en cuchillas, escabulléndose inmediatamente en la oscuridad del parque y ocultando el arma homicida. En cuanto al Buitre, piensa que, en efecto por pura casualidad pudo haber algún pajarraco durmiendo en uno de los árboles y se asustó a los alaridos, huyendo y siendo aumentado por la imaginación de quienes lo vieron volar.

—¿Usted qué opina?

—El que asesinó a Giuseppina tenía por fuerza que ir casi empapado en su sangre, de la yugular y la carótida cortadas en seco brota como de un surtidor. Nadie, entre los invitados y los criados, hubiera podido escabullirse y cambiarse de ropa; dos de mis hombres andaban anoche por el parque, justo con instrucciones de hacer la vista gorda a todo lo que no fuera contra mis intereses. Al menos seis parejas estaban haciendo el amor en distintos lugares del mismo, sin contar otras tantas que andaban buscando un lugar tranquilo y discreto, cuando eso ocurrió. Uno de mis hombres vio a Giuseppina ir hacia el punto donde la mataron apenas tres minutos antes del primer grito. Y ese mismo hombre vio, también al Buitre.

—¿Le vio bien?

—No muy bien. Pero ha dicho algo que no me gusta nada. Dice que juraría era un cóndor andino, pero enorme. Él estuvo varios años en Bolivia, debe conocer a esos pajarracos. ¿Qué puede hacer un cóndor aquí, en los Abruzzos? Mi hombre afirma que ningún cóndor atacaría así a un ser humano y que no vuelan de noche.

—Un pastor vio a ese cóndor la otra tarde, en plena tormenta, en una barranca del monte Miferno. Al día siguiente vino a contárselo a Don Vincenzo y por eso el cura me llamó. Según el pastor, esa cosa con alas tiene cabeza humana, Morrone. ¿No le parece un poco raro?

El «exgánster» respingó y la cara se le volvió gris poco a poco, al tiempo que sus duros ojos se achicaban. Tardó en hablar y la voz le salió ronca, cortada.

—¿Ca... beza humana...? El forense afirma que la bestia asesina actuó con mente humana. ¿Qué deduce usted de este maldito asunto?

—Hasta el momento nada concreto. Como usted, estoy envuelto en nebulosas. Bien, Morrone, he de irme, tengo una cita con el Inspector.

Horas después el Inspector Trenzini acogió a Giancarlo con mala cara y le invitó a tomar asiento.

—Ronda mucho por este asunto, profesor. ¿Puedo saber por qué?

—Por toda una serie de razones. ¿Puedo saber cuál es el resultado de la autopsia?

—No hay inconveniente supongo —y cambiando de conversación—: Usted y la sobrina de Renzo Morrone son algo así como novios, ¿verdad?

—Voy a casarme con ella, Inspector. ¿Satisfecho?

—Parece ser que ni su tío, ni los padres de usted, están muy de acuerdo con tal boda...

—Y eso me convierte automáticamente en sospechoso, aunque a la hora del crimen me hallaba en mi casa, durmiendo, como ya usted habrá comprobado. ¿Por qué no quiere contestar a mi pregunta, Inspector?

—Estoy tropezando con una pared. Flexible, pero compacta. Acaban de anunciarme la llegada de un superior que va a encargarse de las investigaciones del caso. Me han indicado que sea prudente en mis manifestaciones a la prensa, que evite a toda costa el escándalo, el sensacionalismo...

—A los negocios de Morrone no les beneficia la publicidad.

—¿Está con él, o contra él, profesor?

—Lo sabe él mismo. Quiero a su sobrina, él no es mi amigo.

—Ya... —el Inspector se levantó y fue a pararse ante la ventana de su nada confortable despacho, mirando a través de ella a la calle bulliciosa, soleada. Fumó... Giancarlo no le quitaba ojo y se sabía igual de observado. Al cabo de un par de minutos de silencio—: ¿Qué sabe y oculta, profesor?

—Dígame el resultado de la autopsia.

—Según el forense, la interfecta fue atacada súbitamente y degollada de un doble zarpazo. El ataque se produjo desde un plano superior a la de la víctima, fue mortal de necesidad. La yugular y la carótida quedaron seccionadas y al menos dos de las garras homicidas seccionaron también la tráquea. Mientras caía, o ya en tierra, recibió las heridas en la parte alta del pecho. Las de la cara es posible que le fueran producidas antes de la degollación. El forense afirma que el arma homicida remeda exactamente las garras de un ave de presa, un águila, un halcón...

—O un buitre.

—O un buitre, sí. Afirma, también, que el asesino atacó desde arriba, o sea, desde el aire. Pero al parecer no existe en el mundo ningún ave de presa con garras de cinco centímetros o más, y agudas cual navajas; ninguna que vuele de noche y ataque a los seres humanos, menos de una forma tan salvaje y tan... diabólicamente humana.

—Cierto, no existe. Una pregunta, Inspector. ¿Cree usted en el demonio, la magia negra y cosas así, Inspector?

El policía respiró hondo. Luego, apremió nervioso.

—Hable...

Al terminar Giancarlo quedó un largo silencio ingrato. Lo rompió el Inspector.

—Si contamos eso la vamos a armar. Y a mí me echarán a la calle, caso de no enviarme a un manicomio.

—Por lo visto demoré hablarle de ello.

—Comprenderá que es inadmisibile. Un cóndor andino con cabeza humana... Hay que estar loco de remate para creerlo.

—Cierto. Pero existen unos hechos claros, desconcertantes, inexplicables, relacionados de algún modo entre sí.

—Un magnífico relato de terror y ciencia-ficción, eso es. Pero si se divulga... ¿se da cuenta de lo que puede provocar? La gente, allí arriba, vive en cierto modo como hace cien o doscientos años, hay mucho analfabeto y aún más superstición.

—No precisa decírmelo, soy de esta tierra y conozco a sus gentes.

—Cualquiera con ganas de eliminar a un enemigo se procurará una navaja, o un artilugio semejante a una garra... ¡Brr! No quiero ni pensarlo. Hay que evitar a toda costa que esa historia se propague. Por el bien de la humanidad.

CAPÍTULO 5

AQUÍ se cuece algo gordo, Beppo. Tengo un pálpito y cuando tengo un pálpito, tú sabes que no falla.

—Pienso como tú. No hemos conseguido sacar nada en claro en toda la tarde. Nadie sabe nada en la ciudad...

—Creo que Morrone ha dado la «orden de silencio». Vámonos a Roccamandolfi.

Gino Paoli era uno de los mejores periodistas de sucesos de Italia. Había resuelto, personalmente, dos o tres casos ante los que la policía se estrelló, tenía el olfato, la astucia, la habilidad, de un buen policía, y, además, un don especial para hallarse en el lugar justo el minuto oportuno. Se encontraba en Turín, investigando un asunto de drogas, cuando le llamaron para ordenarle encargarse del extraño y al parecer, oscuro asesinato de una pariente del famoso Renzo Morrone. Traía cierto retraso con respecto a sus compañeros, pero no le importaba. En otras ocasiones pasó igual y se les adelantó.

Roccamandolfi se había convertido en un hervidero rodeado de silencio por todas partes. Una docena larga de periodistas y otros tantos fotógrafos andaban a la caza de información, pero la cosa no estaba presentándose prometedora.

—Esto está negro, Gino. El pueblo es un feudo de Marrone y nadie abre la boca, por más promesas que hagas. Además, un montón de tipos peligrosos andan al acecho. Acaban de llevarse a Luigi Santone con la cabeza abierta. Un accidente, le cayó por casualidad una maceta cuando salía de investigar en una casa donde lo enviaron con un «soplo». Luego resultó que no era nada de nada. Marrone debe tener mucho interés porque no metamos las narices en este negocio.

Y Morrone sabía sin duda ser muy persuasivo. Estaba encerrado en su castillo como un señor feudal, pero hábilmente, no se negó a recibir periodistas. No lo hizo con el propio Gino.

—Todo lo que puedo contarle ya se lo he dicho a sus compañeros, Paoli. Anoche alguien asesinó de una manera salvaje a una desgraciada y buena mujer, prima mía. Yo daba una fiesta a mis amigos para celebrar mi

próxima boda, eran todos gente escogida...

—Al parecer, su prima tenía un amante...

—Como casi todas las mujeres casadas de este país, incluida la suya.

—Soy soltero, señor Marrone. ¿No pudo hacerlo el marido? ¿O el amante?

—El marido estaba en aquel momento dentro del castillo, a la vista de veinte personas. El amante acababa de dejar a otro, y se disponía a reunirse con ella. Si no lo hubieran entretenido, seguro que mi pobre prima aún estaría viva.

—¿No tiene instalación de alarma el castillo?

—Soy un hombre honrado, de vida tan clara como el cristal. No necesito tomar tales precauciones. Y si alguien opina lo contrario no es mi amigo.

Gino, al observar la reticencia de Morrone a contestar a sus preguntas optó por despedirse, reuniéndose con su compañero. Estaba enfadado, por la actitud seca del «exgánster».

—Eso es gordo, Beppo. Morrone está asustado, aunque procura ocultarlo. Y me pregunto qué puede asustar a Renzo Morrone.

Había que preguntarse otras cosas. Por ejemplo, dónde se alojarían. Porque resultaba que la única fonda del pueblo estaba, según su propietario, a los topes, y nadie, entre los particulares, aceptaba huéspedes, ni aun pagando bien.

—Yo me marchó a Campobasso, muchachos. No me apetece dormir dentro del coche.

Se fueron todos, empujados por la silenciosa hostilidad del pueblo. El último, Gino Paoli.

—Volveremos temprano, por la mañana. Hay algo muy extraño, lo olfateo en el aire...

Era medianoche, más o menos. Beppo conducía más bien despacio, por la nada fácil carretera, Gino iba a su lado fumando pensativo. Había una luna amarillenta, tristoná, una tajada de melón rancio, entre nubes. Los montes eran negros, lúgubres abrumaban. El viento, más bien blando, tenía rachas lúgubres.

—Algo muy... ¿Qué es eso?

Beppo iba atento a la carretera, había sido Gino quien vio emerger la cosa del hosco negror del monte, al contraluz lunar, a su derecha. Algo inesperado, increíble.

—¿El qué?

Tenía que haber sido una alucinación. «Aquello» acababa de desaparecer al tiempo que la luna se escondía tras una breve nube y el coche doblaba uno de tantísimos recodos de la serpenteante carretera. Gino Paoli bufó y gruñó:

—No, nada. Un juego de luces y sombras.

Tuvo que ser aquello. No había en toda Italia aves de aquel tamaño, menos aún nocturnas...

Estaban descendiendo a moderada velocidad. Tenían a la izquierda un profundo barranco, les faltaban unos tres kilómetros al pueblo de Cantalupo, ya en lo hondo del valle de Biferno.

Y de súbito, de la negrura emergió el horror.

—¡Dios! ¿Qué... qué es...?

—¡No! ¡No puede ser...!

La cosa había salido abruptamente de la oscuridad al cono luminoso de los focos, pareció cubrir todo el horizonte visual con sus enormes alas leonadas, vino directamente contra el parabrisas, tras el cual los dos periodistas, helados de súbito terror, la contemplaban con ojos dilatados. Por un instante pareció que iba a chocar contra el vehículo y a los oídos de los hombres alucinados que lo ocupaban llegó un sonido que ningún ave del mundo podía emitir: Una carcajada escalofriante.

En el último instante, aquella cosa remontó el vuelo justo para pasar casi rozando el techo del automóvil. Justo para que sus ocupantes vieran allí delante el pretil, demasiado tarde ya.

* * *

—Debieron matarse poco después de la medianoche, unos minutos después de esa hora salieron de Roccamandolfi.

Estaban subiendo a los cadáveres, penosamente, desde el fondo del barranco hasta la carretera, donde, amén de una buena cantidad de vehículos, todos los periodistas venidos a cubrir el asesinato de la prima de Morrone cumplían el para ellos penoso deber de hacerlo con la inesperada muerte de dos compañeros, cosa que se advertía en sus rostros.

Un par de carabinieri impedían el paso a los curiosos, la policía andaba por allí. Abajo, a unos ochenta metros de profundidad, aún humeaban los restos del coche siniestrado.

—No hubo nada que hacer, estalló el depósito de gasolina.

—¿Quién informó el siniestro?

—Un camionero, a primera hora. Esos dos desdichado salieron los últimos de Roccamandolfi, normalmente nadie viaja de madrugada a ese pueblo y, con lo ocurrido últimamente, menos. Además, este lugar es muy cerrado, solitario, de modo que nadie advirtió el siniestro ni las llamas.

—¿Qué puede haberles sucedido?

—Venga.

Giancarlo había recibido la llamada policial antes de la salida del sol, una noticia escueta que le hizo brincar del lecho y salir disparado hacia Roccamandolfi. Ahora estaba aquí, bajo la luz brutal de la mañana, en compañía del inspector, en medio del impresionante silencio.

Los oficiales de tráfico habían trabajado lo suyo.

—Fíjese aquí. Venían cuesta abajo y las rodadas del coche, bastante claras, son normales. De pronto...

De pronto, un violento zigzag y el coche derecho al abismo.

—Parece como si se le hubiera roto la dirección. Pero no es así, lo han comprobado ya. Pudo ser un reventón de rueda, o cualquier otra causa. De hecho, los periodistas piensan que Marrone ha tenido algo que ver con el asunto. Están enfurecidos.

—¿Puede ser?

Con un gesto, la cara pétrea, el Inspector le indicó que le siguiera.

—Por fortuna nos avisaron primero a nosotros. No he permitido que vieran de cerca los cadáveres.

Hizo una seña a los que traían, en una camilla, el primero de los cuerpos. Los hombres se detuvieron. El Inspector alzó uno de los extremos de la sábana que cubría un cadáver. Giancarlo respiró hondo, palideciendo.

Era el cuerpo de Gino Paoli. Casi irreconocible, por lo quemado, con una espeluznante mueca de horror impresa en las facciones.

En el cuello, a la izquierda, tres marcas negruzcas, largas casi diagonales. Las heridas de un zarpazo salvaje.

* * *

—Tenemos que rendirnos a la evidencia de los hechos.

—Tanto la señora Bembo como los dos periodistas han sido asesinados por un mismo ser, y de la misma manera: Un zarpazo salvaje que seccionó las venas y arterias del cuello, hasta la tráquea.

Había media docena de hombres reunidos en aquella habitación. Afuera las gentes, excitadas, leían los periódicos y comentaban las noticias en ellos impresas: aquí dentro parecía reinar un hedor de ultratumba.

—Es inconcebible... No pretenderán hacernos creer que anda por aquí una bestia de tales características...

—Los informes de los forenses y los técnicos no dejan lugar a dudas. No se trata de hojas de acero semejantes a garras, sino de auténticas garras, exactamente del tipo de las de los buitres. Las pruebas de laboratorio son concluyentes.

—¡Pero no hay ningún buitre, u otra ave de presa, que pueda hacer eso!

—Así es, en efecto. Pero la policía afirma que, en el caso de la señora Bembo, ningún extraño pudo introducirse en el castillo de Morrone. Existe un moderno y eficaz circuito de alarma en el muro que rodea el parque, además aquella noche había dos hombres de Morrone merodeando en servicio de vigilancia por el parque del castillo, junto a la interfecta llegó

uno de ellos menos de un minuto después de que gritara, en aquella zona había varias personas entregadas a escarceos amorosos que prácticamente cubrieron todas las posibles vías de fuga del presunto asesino. Los forenses concuerdan en que ella fue atacada desde un plano superior, o sea, desde el aire.

—¿Y los periodistas? ¿Cómo pudo un pajarraco así meterse en su coche?

—Es otro enigma a medias. La autopsia ha demostrado que las heridas de garra en sus gargantas son posteriores a las producidas por el accidente mismo.

—¿Quiere decir...?

—El fotógrafo, que conducía, no murió de ellas, sino de fractura del cráneo provocada indudablemente por la caída del barranco. Gino Paoli también tenía lesiones internas mortales, aunque tal vez sobrevivió unos minutos a la caída. Muy pocos.

—No... no puede ser. Es absurdo, inconcebible, demasiado fantástico. ¿No se dan cuenta, señores? Una cosa así no puede suceder, simplemente. Ha de haber otra explicación más razonable.

—La tenemos. Un asesino de mente retorcida y sutil, indudablemente un paranoico diabólicamente astuto, posee un ave de presa amaestrada, oculta en alguna parte y a la que ha habituado de algún modo, a volar de noche. Ese hombre se ha fabricado unas manoplas terminadas en garras de hueso, muy afiladas. La noche de la fiesta se las arregló para introducirse sin despertar sospechas en el castillo, acechó a una mujer sola y le saltó encima de lo alto de un árbol, degollándola y destrozándola con sadismo. Luego sujetó las manoplas a su ave amaestrada y la soltó, dejándola volar hacia su jaula mientras él aprovechaba la confusión para esfumarse. Ese mismo asesino manipuló de algún modo el coche de los periodistas, provocando el accidente, luego bajó y los degolló, prendiendo fuego al coche para completar la destrucción y borrar huellas en lo posible.

—Eso es más lógico...

—Sí. Lamentablemente, tal reconstrucción de ambos sucesos no resistiría un examen algo detallado. En cambio, todas las pruebas que siempre se han considerado como válidas en una investigación de esta índole apuntan hacia la otra explicación, la imposible...

Un nuevo silencio. Aquellos hombres formaban el Estado Mayor de las fuerzas encargadas de resolver los dos sangrientos hechos ocurridos con un intervalo de veinticuatro horas, que llenaban las primeras páginas de los periódicos y habían excitado a la pública opinión, movilizando un batallón de periodistas.

—Hemos llegado a un acuerdo con la prensa. Se les ha contado parte de lo que ocurre y se les ha pedido su colaboración para poder atrapar al asesino, probándoles que Morrone no tiene motivos para haber hecho

matar a sus compañeros. De momento, escribirán sobre el asunto marcando una serie de ambigüedades, esperamos que eso haga confiarse al asesino. En cuanto a Morrone, está fuera de sí, asustado también.

—¿No será un truco suyo? Sus antecedentes...

—Olvida usted una cosa y es que Morrone nació en Roccamandolfi, es tan supersticioso como el que más.

—Pero de ahí a creer en esa vieja leyenda...

—Cuando en veinticuatro horas tres personas, entre ellas una prima suya sin enemigos ni motivaciones para sufrir la suerte que ha tenido, perecen de un modo tan extraño y salvaje, yo creo que él, y cualquiera, tendría en su cargo razones para asustarse.

—Estoy pensando en las consecuencias que esa vieja leyenda, unida a todo lo que ocurre, pueden tener entre las gentes de la región, y no me gusta nada.

—Menos que nada. Por lo pronto, ya se ha provocado el pánico, las bocas se han sellado y las gentes evitan salir de noche...

Así era. Solo cuarenta y ocho horas desde el primer asesinato, pero toda la vasta y poco poblada región que pudiera conseguir el teléfono, la noticia habíase difundido hasta las míseras aldeucas de los montes, las aisladas viviendas de los pastores. De día no había peligro, pero de noche sí. Y hablar de ello con extraños, con forasteros, podía atraer el Mal.

Renzo Morrone estaba luchando contra las raíces de su alma, contra el trasfondo telúrico de su ser. Por eso, y porque veía en peligro todo lo que tanto le costara obtener, estaba tomando todas las medidas a su alcance. Había hecho cuanto pudo para evitar el escándalo, pero la muerte de los periodistas había lo atizado al máximo. Era preciso encontrar al asesino, a la cosa imposible, y acabar con ella cuanto antes.

—Se ha marchado al monte, con varios de sus hombres de más confianza. Van armados hasta los dientes, piensan dar la batida por toda la región. Llevan perros y guías especializados...

Oriana se había repuesto un tanto de la tremenda impresión sufrida, ahora estaba con Giancarlo en el coche de él, camino de Campobasso. La joven le había llamado por teléfono apenas su tío partió, pidiéndole que pasara a recogerla.

—¿Tú crees que pueda existir algo así, Giancarlo? No puedo dormir, no se me aparta de los ojos y la mente el cadáver de esa desdichada...

Giancarlo trató de calmarla, pero se daba cuenta de que las palabras le sonaban a fuego. Él mismo, a pesar de todo su racionalismo, estaba vacilando. ¿Cómo, pues, convencerla?

—Me iría del castillo ahora mismo, lo más lejos posible. Se lo diré a mi tío en cuanto vuelva, estoy segura de que comprenderá, sé que también está asustado. Por eso ha ido en busca de esa cosa horrenda...

Mientras la policía y los periodistas seguían sus investigaciones de

modo racional. Renzo Morrone admitía lo irracional y tomaba sus medidas.

—De dos en dos, con los perros y sin descuidaros. Hay que peinar toda la región, no tenemos prisa. Rebuscad en todas las cuevas, en todos los rincones donde pueda esconderse una cosa así.

Había escogido los hombres de máxima confianza, aquellos que no creían en brujas, apariciones diabólicas, ni cosas así. Llevaban perros de pastor y de caza, guías bien conocedores del terreno y transmisores de onda corta para comunicarse. Iban armados con rifles de caza mayor y metralletas. Si aquella cosa del demonio aparecía, solo el demonio la iba a salvar...

La batida comenzó a primera hora de la mañana. A media tarde habían rastreado unos diez kilómetros cuadrados de terreno abrupto de montaña. En total, cinco parejas de cazadores, veinte perros, cuatro guías. Ningún resultado.

Morrone estaba cansado cuando la tormenta se espesó de súbito, como solía hacerlo en tal época del año. Tendrían que buscar un buen refugio y esperar a que pasara, los demás también.

Un chozo de pastores, hediondo, sucio de cagarrutas de oveja y cabra. Con todo un buen refugio porque la tormenta estalló de pronto, con inusitada furia.

—Y que es fuerte de veras. Mientras no dure mucho...

Duró más de la cuenta. Y encima, el exceso de carga eléctrica en el aire impedía que funcionaran los transmisores.

Estaban como aislados del mundo, sencillamente. Una hora, dos, tres...

Había cerrado la noche cuando por fin amainó la tempestad. Pero ahora el problema era la oscuridad. Y el barro, las torrenteras de agua rojiza. El transmisor comenzó a funcionar, pudieron conectar con los demás. Todos habían tenido que cobijarse donde pudieron, nada habían encontrado, y ya era de noche.

Morrone dio órdenes de replegarse sobre la carretera. Más fácil de decir que de realizar, a oscuras y por un terreno como aquel. Gracias a los transmisores podía ir dirigiendo la operación, mandó que todos fueran a un punto determinado, como a kilómetro y medio de donde él mismo se encontraba. Había esperado llegar a las ruinas de Monbaldone, y hablar con aquel alemán chiflado que vivía allí, para interrogarle. Lo haría al día siguiente...

Sobre todo, necesitaban alumbrarse el camino. No previendo el contratiempo no trajeron linternas, ahora Morrone maldijo su imprevisión. No le volvería a suceder.

Consiguieron arreglar una especie de antorcha con un haz de ramas secas hallado en el chozo. Con ellas, desgajaron una rama también seca de pino resinoso, secándola superficialmente y logrando, no sin cierto

enfurezo, prenderle fuego. Enrico la alzó y fue abriendo camino. Llevaba la metralleta en posición, los perros iban, delante y atrás, escoltándoles, el propio Morrone, mantenía el rifle de caza mayor, un arma modernísima, estupenda, en el brazo doblado.

El cielo estaba aún negro de nubarrones, pero, acá y allá, por una rasgadura, asomaba algo de luminosidad luna, una estrella... Eran casi las ocho y media de la noche. Por todas partes bajaba agua en torrenceras, pequeñas y grandes, hacia el rugiente fondo de los barrancos. Un viento frío, racheado, se había alzado, no fuerte, sí molesto. Ruidos medrosos mantenían en vilo a hombres y a perros, al cabo, su misma repetición los encalmó. Eran los naturales del monte tras de la tormenta. Aún relampagueaba esporádicamente a lo lejos hacia el Tirreno.

De pronto, los perros delanteros se envararon y erizaron el pelo y las orejas, uno de ellos emitió un aullido corto, agudo, asustado. Aquella cosa horrenda surgió de la negra noche como una exhalación, con un fuerte batir de alas, como un avión en picado.

Todo demasiado rápido. Aún estaban los dos hombres súbitamente alarmados, reaccionando de un modo instintivo para afrontar lo que viniera con sus armas cuando al resplandor de la linterna vieron lo que se les venía encima. Era algo tan inaudito, tan de pesadilla, que la sangre se les paralizó en las venas y los nervios se les agarrotaron.

Tal vez quince, a lo sumo treinta segundos. Fue suficiente. La cosa cayó sobre Enrico del modo que se lanza el halcón sobre su presa. Morrone vio, con ojos alucinados, cómo los perros se tendían, locos de terror, aullando lastimeramente ante aquello que también ellos sentían diabólico, sobrenatural, cómo Enrico intentaba, en el último instante, defenderse con la antorcha y la metralleta...

El ser de pesadilla emitió una risa escalofriante, aguda, incisiva como un bisturí. De un aletazo arrebató la antorcha a Enrico, tirándosela al suelo. A los oídos de Morrone llegó el inicio de una exclamación de pánico de su guardaespaldas, el rateo espasmódico de su arma... y un alarido de agonía cortado en seco por un gorgoteo horroroso, mientras la metralleta dejaba de disparar.

El horror absoluto, a lo innominado, demoníaco, agarrotaba ahora al antiguo gánster. Estaba, al menos creía estarlo, preparado para la aparición de aquella cosa. Pero aquella cosa había aparecido tan de improviso que ahora le era imposible reaccionar. Además, se había quedado solo, a la luz medrosa de la antorcha caída en tierra, entre los asustados gemidos de los perros, pudo ver cómo Enrico, caía, como un pelele roto, degollado por las salvajes zarpas asesinas.

Entonces aquel hombre, que había asesinado a sangre fría, para quien la vida humana carecía de valor, que se jactaba de su dureza, sintió que algo se rompía dentro de su cerebro. Era que él estaba forjado en la salvaje

lucha sin cuartel contra otros de su misma especie, capacitado para hacer frente a cualquier peligro, ser o amenaza racionales, lógicos, situados dentro de la amplia gama de lo posible. Pero esto que tenía allí, que se le venía encima, pertenecía de lleno a lo sobrenatural, demoníaco, ilógico, irracional. Y desde las raíces telúricas de su ser, el más total, dominador de los miedos, agarró a Renzo Morrone.

Disparó, a bocajarro casi, contra el horror sin nombre que lo atacaba riendo de aquel modo alucinante. Y falló, porque sus reflejos no le respondían. Entonces dio media vuelta y echó a correr, enloquecido, sintiendo al demonio batir sus alas sobre él, cada vez más cerca...

De súbito, algo como un chorro múltiple de fuego le desgarró la espalda, con un dolor lancinante que le hizo aullar. Trompicando, aún avanzó tres pasos, pero un nuevo zarpazo en el cráneo, encima de la oreja derecha, le nubló la vista y le hizo caer de rodillas. La risa demoníaca estaba taladrando sus oídos cuando, medio inconsciente por el dolor, echó mano a la pistola que llevaba en la funda sobaquera, sin advertir que acababa de dejar caer el rifle.

Tuvo tiempo de sacarla, pero no de disparar. Las garras asesinas se le clavaron a ambos lados del cuello y se lo desgarraron segándole al tiempo la yugular y la carótida. Mientras moría a chorros, con la sangre ahogándolo, sus ojos espantosamente dilatados vieron con toda perfección la cabeza del demonio.

Unos ojos amarillos, fosforescentes, una boca que reía, reía... mostrando dientes agudos, blancos, grandes.

CAPÍTULO 6

LAS luces de linternas eléctricas, faroles de petróleo y hasta teas resinosas, movíanse como grandes luciérnagas, como fuegos fatuos, en la hosca negrura nocturna. Aunque allí había dos docenas de hombres, no se escuchaban apenas ruidos, ni voces.

Los hombres rodeaban, tremendamente impresionados, a los cadáveres de Renzo Morrone, su guardaespaldas y dos perros. Se habían echado sendas mantas sobre los primeros, pero ahora las habían separado para que los policías recién llegados pudieran ver bien.

—Les dejamos tal y como los encontramos...

El que hablaba había sido la mano derecha de Renzo Morrone, era un viejo delincuente endurecido, con varios asesinatos sobre su conciencia. Pues ahora estaba verde y le temblaba la voz. No había que extrañarse, de hecho nadie se extrañaba. Eran bien dos docenas, todos o casi todos armados. Aun así, los que se mantenían escrutando la negrura circundante hacíanlo de modo crispado, llenos de un pánico que no se molestaban en disimular.

—La mitad nos quedamos aquí, los demás fueron a avisarles a ustedes...

El aviso había llegado a medianoche, brutal como un puñetazo en las narices.

Esa cosa ha asesinado al señor Morrone y a uno de sus hombres, también a dos perros...

Allí estaban, cada cual encima de su propia sangre, que la tierra empapada por la reciente tormenta no había absorbido. Dos hombres, dos perros. Degollados a zarpazos.

—Esto es mucho peor...

Lo era. Incluso el inspector y el comisario no pudieron evitar la arcada. No era para menos.

Renzo Morrone no era apenas reconocible. La cosa no solo lo había atacado con sus garras, sino que, además, lo había devorado en parte. Así, devorado, exactamente como los buitres hacen con la carroña. A él solo.

—Tápenlo...

Los hombres se retiraron en silencio unos metros. Alguien había tenido

la gran idea de traer unas botellas de coñac que comenzaron a pasar de mano en mano ansiosamente. Nadie se ocupaba en pedir vaso, se limpiaba el gollete con la mano y se bebía a morro, con ansia.

—¿Cómo ocurrió la cosa?

—No lo sabemos. El señor Morrone nos ordenó reunirnos en el lugar donde se juntan los dos torrentes, como a un kilómetro de aquí, para retornar al pueblo. El terreno estaba muy malo y no habíamos traído linternas, no pensábamos que nos cogiera la noche. Varios de nosotros ya estábamos cerca del punto de reunión cuando oímos perfectamente una ráfaga de disparos, luego uno solo, de rifle. Temiendo lo peor, vinimos en esta dirección. Nos costó mucho más de media hora localizarlos, y ya estaban así, aparte los otros dos perros, muertos de miedo y temblando... Casi muertos de miedo...

Temblando y muertos de miedo, como los mismos hombres. No era para menos.

Utilizando casi todas las luces, los policías realizaron un examen detallado del barriento terreno. Mientras, llegaron más hombres, en un «jeep» todo terreno. Carabineros, el juez, el forense.

—Los demás han tenido que dejar los coches en la carretera... ¿Qué es lo que ha pasado?

Al juez hubo que atenderlo cuando vio el cadáver de Morrone, le dio un casi síncope. El forense tenía la boca apretada cuando se arrodilló en el barro sangriento para examinar el cadáver.

—No pueden haber dudas de ningún género. Un ave carnícera. Mato y luego devoró su presa. Solo que ningún carroñero conocido mata así, come así...

—Llevaban una antorcha e iban preparados. Morrone con ese rifle, el otro con la metralleta. Además estaban los perros. La cosa debió atacarlos de improviso, surgiendo del aire sobre ellos. Atacó primero al guardaespaldas, degollándolo antes de que pudiera reaccionar y dispararle bien. Morrone se tuvo que quedar como paralizado, las huellas de sus botas están fuertemente impresas en el terreno, son como un relato escrito de los hechos. Los perros se aterrorizaron al punto de arrastrar el vientre por el suelo. Al ver caer muerto a su acompañante, Morrone se aterrorizó también y trató de escapar. Fue alcanzado, por la espalda, y herido a zarpazos, aun recorrió unos pasos tambaleándose antes de caer. Tuvo que soltar de modo inconsciente el rifle, del mismo modo que intento en el último extremo sacar su pistola. Luego la cosa lo atacó de frente y lo remató.

Todos estaban preguntándose lo mismo. ¿Qué clase de ser era aquel que así obraba?

—Renzo Morrone y su acompañante eran delincuentes endurecidos, tenían indudable valor personal, iban bien armados, eran dos, estaban

habituados a reaccionar rápidamente y a disparar con puntería, a jugarse la vida. Los perros son cazadores de raza, valientes, agresivos. Pero todos enloquecieron de pánico, es evidente que la aparición súbita de esa cosa los paralizó el tiempo suficiente para ser atacados y muertos. Dios mío, ¿qué clase de horror sin nombre puede ser?

—Un enorme cóndor andino con cabeza humana Algo que no existe ni puede existir, pero que está aquí, en estas montañas, sale de noche y mata.

Giancarlo lo dijo recortando cada palabra, de modo que se clavaron como esquilas en la mente de quienes le escuchaban. Y fue sintomático que nadie intentara discutir su afirmación.

Se llevaron a los cadáveres en sendas camillas, también los de los perros, formando una siniestra procesión a la luz bailoteante de lámparas y antorchas. Eran dos docenas de hombres, la mayoría bien armados, el «jeep» abría marcha lentamente, lanzando la luz de sus faros tan pronto al frente como a los flancos, y no precisamente para ver el difícil camino. Nadie hablaba, cada cual tenía sobrado con sus pensamientos.

En la carretera había unos cuantos vehículos en su mayor parte oficiales. Y una ambulancia. Allí, Giancarlo se encaró con los jefes policiales.

—Voy a avisar a la sobrina lo ocurrido.

—Sí, claro... Enviaré a un par de hombres con usted.

—Gracias.

Ambos sabían el porqué del deseo del Inspector, recordaban lo sucedido a los periodistas. Con Giancarlo subió uno de los agentes de policía y también uno de los hoscos, nerviosos y abatidos guardaespaldas de Morrone.

Giancarlo condujo todo el tiempo despacio y muy alerta. A su lado, el policía llevaba empuñada su pistola. En el asiento de atrás, el guardaespaldas de Morrone montaba un rifle de caza mayor, apoyado el cañón en la ventanilla abierta del lado del conductor. Y nadie habló.

Nada ocurrió tampoco. En la alta madrugada, Roccamandolfi estaba sumido en un silencio absoluto, incluso los perros parecían haber desaparecido de sus calles. Giancarlo se encaminó al castillo, cerrado a piedra y lodo como en el Medioevo y no resultó fácil lograr que les abrieran. Resulto, en cambio, que quien avisara a la policía se había ocupado también, de avisar lo ocurrido a los restantes hombres de Morrone que quedaron en el castillo. Quien nada sabía aún, era Oriana.

Giancarlo no quiso despertarla para darle tan negra noticia. Él mismo sentíase tremendamente cansado incapaz de pensar con claridad. Los últimos crímenes del monstruo rebasaban el espanto de los anteriores, y solo cabía una explicación, la más irracional e inadmisible...

Unas tazas de café negro bien cargado y media cajetilla de tabaco algo le aliviaron. Incluso aprovechó para afeitarse. La luz del nuevo día le

mostró ahondadas ojeras en su cara, una palidez que no era fruto de la fatiga y del insomnio. Había decidido no contárselo todo a Oriana, ahorrarle lo peor. Pero aun así, sabía demasiado, no sabía cómo decírselo.

Ella apareció a las ocho de la mañana y se sorprendió mucho al verle allí. Además, ya venía recelosa, se lo notó en los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Qué haces aquí? ¿Y mi tío?

Se la llevó junto al ventanal, la miró a los ojos y se lo dijo con la mayor cautela. La vio temblar y quedarse sin sangre en la cara, cómo a sus pupilas aparecía el horror.

—¿Muerto...?

—Esa cosa los atacó por sorpresa a él y a Enrico Germano. Le dispararon, pero probablemente no le dieron. Y en la oscuridad...

Como una autómatas, la muchacha fue a dejarse caer en una silla, apretó las rodillas, y con fuerza trenzó sus manos sobre ellas. Miraba tiesa, dramática, al fondo.

—Es espantoso...

Giancarlo sabía lo que estaba ocurriéndole. No amaba a su tío, pero a pesar de todo le guardaba un cierto cariño, como filial. Pensar que había muerto de un modo tan horrible la agobiaba, aunque él hubiera sido toda su vida un forajido y tuviera las manos manchadas de sangre. Sencillamente, esto era otra cosa.

—No lo resisto —decidió más tarde—. Me marchó lo más lejos que pueda de aquí. Ayúdame, Giancarlo, tengo que irme enseguida, o el miedo me volverá loca.

No era cobarde, tenía firme la cabeza; pero después de lo ocurrido ninguna mujer del mundo habría gustado de quedarse sola en aquel lugar, por muy cerrado que estuviera.

Giancarlo se la llevó a la ciudad y habló claramente con sus padres, que ya conocían la siniestra noticia.

—La quiero y voy a casarme con ella. Pero aunque no fuese así, por simple caridad cristiana, por humanidad, no la dejaría sola en estas circunstancias.

Sus padres estaban consternados, muy impresionados también. Tanto, que depusieron en parte su obstinación y le dijeron que podía traerla a la casa, como invitada.

—Siempre consideré a Renzo Morrone como un delincuente merecedor de los más duros castigos —dijo su padre—. Pero una muerte tan espeluznante... Es algo que crispa los nervios. No puede existir eso que dices, va contra todas las leyes naturales, resulta inconcebible en pleno siglo veinte.

Naturalmente que no podía suceder. Estaban en el último tercio del siglo veinte, en un civilizado país europeo. Monstruos apocalípticos, aves surgidas de una imaginación calenturienta, maldiciones antiguas,

asesinatos salvajes por métodos inexplicables a puros razonamientos, eran cosa de la Edad Media...

Pero un viento de terror y pánico recorría ahora las montañas mientras en la ciudad se devanaban los sesos, policías y periodistas, buscándole una explicación lógica, racional, científica, a aquella súbita racha de siniestros asesinatos. Y en una zona de muchos kilómetros alrededor de Roccamandolfi, las gentes ya no volvieron a salir de noche. Por si acaso.

* * *

Sí, oficialmente se buscaba a un ser humano más o menos loco, más o menos diabólico. De hecho se cribó toda la vasta y solitaria región montañosa buscando a un ave rapaz de enormes dimensiones y asesinos instintos; aunque, naturalmente, nadie lo admitía.

—Ni una palabra sobre eso a la prensa. Pero registren cada cueva, cada agujero, cada lugar donde pueda cobijarse una cosa así.

Alguien sugirió que la cosa debía tener su nido en el monte Miletto, la más alta cima de la región, al sur del pueblo y dominándolo todo con su imponente masa.

—Las grandes aves rapaces anidan alto y vuelan lejos...

Desde la cima del Miletto hasta Roccamandolfi podían apreciar que aquella región de las montañas eran realmente fragosa; había servido en tiempos como refugio a bandidos y más tarde a guerrilleros. Un centenar de hombres, con perros y guías de la región, coordinados por dos helicópteros, se pasaron varios días registrando cada agujero del terreno.

De día. De noche no había valiente capaz de echarse al monte a buscar. Mejor dicho, hubo algunos, al pronto. Hasta que, cuatro noches después de la muerte de Morrone y su guardaespaldas, un bravucón de pueblo aceptó, previo pago de buena suma, hacer un «safari» nocturno de caza de monstruos, precisamente por la región donde se suponía anidaba «la cosa».

A la mañana siguiente, uno de los grupos que rastreaban el terreno encontró al bravucón. Estaba acurrucado dentro de un agujero, entre dos grandes rocas, en un lugar donde a duras penas cabía. Sollozaba como un niño, sus cabellos casi negros la noche anterior, se habían vuelto blancos y presentaba media docena de profundas, largas heridas de garra, en los brazos, un muslo y el pecho, hacia el hombro. No pudo decir qué le había ocurrido, porque a todas luces había perdido la razón. Además, estaba medio desangrado.

Las patrullas descubrieron pronto a corta distancia, el cadáver del fotógrafo, al borde de una barranca, degollado y devorado en parte. El periodista se encontraba en el fondo de la barranca, con la cabeza abierta y diversas fracturas. También degollado y devorado en parte. Todo lo que la inspección ocular pudo constatar fue que los tres hombres habían sido

se sorprendidos por «la cosa» cuando se encontraban justo al borde del barranco y que no pudieron defenderse. El que conocía el terreno, por eso o por suerte, había acertado a meterse en aquel agujero, donde «la cosa» no le pudo alcanzar.

Allí se encontraron dos objetos que terminaron de apabullar a los incrédulos. Dos plumas de ave.

—Pertenecen a un cóndor americano, sin lugar a dudas. Son plumas de ala...

Luego era cierto, había un cóndor asesino en los montes del Matese. Increíble, pero cierto.

—Pudo dejarlas adrede el asesino...

Podía ser. Pero ¿qué clase de asesino, humano, pudo atacar a tres hombres avisados y armados, matar a dos y volver loco de terror al otro, bien conocido en la región por su bravuconería?

Hubo de todo, a pesar de las presiones para que no se provocara una psicosis de pánico y escándalo. Cuatro periodistas muertos mientras investigaban el asunto era demasiado. Hubo que enviar refuerzos de «carabinieri» a la zona para controlar el aluvión de curiosos llenos de oscuros impulsos. Roccamandolfi se convirtió en el centro de aquella morbosa peregrinación. Pero sus habitantes no parecieron ni poco ni mucho contentos con ellos. Hacían su vida habitual, su negocio, pero no abrían la boca tocante a «el buitro». Pues para ellos, incluidos librepensadores, no cabían dudas. Era «el buitro» vuelto de los mismísimos infiernos a cebarse en ellos por orden del demonio... o de quien fuera.

Nadie, incluidos bravucones y periodistas ansiosos de información de choque, volvió a salir de noche por los desolados y abruptos montes de la región en busca de «la cosa». La misma autoridad lo prohibió.

—No, no se puede garantizar protección en tales circunstancias a todo insensato que la pida.

Giancarlo se llevó a Oriana a casa de su madrina, en Caserta. La joven estaba terriblemente deprimida y había que evitarle el acoso de los periodistas, a falta de nada mejor husmeando como sabían hacerlo en las vidas de todo el mundo implicado de alguna forma en la racha de siniestros e increíbles asesinatos. Permaneció con ella tres días y luego retornó a su casa.

Para entrevistarse con el Inspector Trenzzini. Se habían hecho amigos por causa de aquel asunto. El Inspector, aunque ya no dirigía las investigaciones, manteníase en la brecha, y eso estaba afectando a su salud, había enflaquecido, aparecía ojeroso.

—Estoy reventado. Son diez días de pesadilla y sin ningún resultado práctico, nos movemos en un círculo vicioso. Y eso que no todo lo que sabemos se cuenta a los chicos de la prensa.

—¿Hay alguna novedad?

—Esa cosa diabólica está jugando con nosotros. Mientras la buscábamos por el Miletto se fue a degollar ovejas y un par de mulos en Letino. A los dos días hizo lo mismo cerca de Castelpizzuto y fue vista, al menos eso afirman, por los aterrorizados miembros de una familia que habita una granja aislada, a dos kilómetros del pueblo. Un ave, enorme, con cabeza humana...

—O sea que todo concuerda.

—Salvo que la razón se niega a admitir la existencia de algo así en este mundo. Usted y yo estamos ya casi convencidos de que lo imposible e irracional, lo demoníaco, ha encarnado; pero aunque otros muchos están compartiendo más o menos, en su fuero interno, nuestra opinión, nadie se atreve a proclamarlo, por miedo a lo que le podría sobrevenir. ¿Ha leído los periódicos?

—Sí.

—Entonces, ya sabe a qué me refiero. Estamos siendo objeto de irrisión y desprecio, no solo en el extranjero, sino en el norte y en la misma Roma. Se hacen chistes sangrientos sobre nosotros, la gente del sur, inculta y supersticiosa, con una policía que es incapaz de encontrar el rastro de un salvaje asesino y trata, según ellos, de escudarse con la fantástica historia del Buitre vengador conjurado por una maldición medieval... Se nos acosa de mil modos y nada podemos hacer, se nos está presionando ferozmente para que solucionemos de una forma racional este asunto por quienes ni siquiera se han molestado en acercarse hasta aquí y, sobre el terreno, comprobar la situación. Luego están los campesinos... Muertos de pánico supersticioso, abandonando sus viviendas aisladas o encerrándose en ellas a cal y canto apenas se pone el sol, convencidos de que un ser demoníaco está asesinando y devorando a la gente por castigo de solo Dios sabe qué... Le aseguro que estamos desbordados, profesor. Lo que se dice desbordados...

Cuando salía de su entrevista con el Inspector, Giancarlo comprobó que no exageraba. Por todas partes solo había un tema de conversación, desplazando incluso al «calcio» que ya era decir. En bares, aceras y corrillos se podían escuchar opiniones para todos los gustos.

El duro petardeo de una motocicleta deportiva lo sobresaltó cuando iba cruzando una calle. Saltó a la acera con agilidad, algo malhumorado porque el otro ni se molestó en avisarle. Al mirarlo, sintió un fuerte sobresalto.

Era un hombre joven, de entre veinticinco y treinta años, vestido con zamarra de cuero y pantalones recios, enfundados en una especie de botas de montar. Tenía cabellos leonados, en melena no excesiva. Y unas facciones afiladas, extrañas, que recordaban vagamente a un ave de presa. Un pañuelo de colores vivos se anudaba a su cuello. Una mezcla de «hippie» y de «play-boy». Un desconocido, con todo.

El de la motocicleta se alejó, sin más. Giancarlo se dijo que sus nervios le habían jugado una mala pasada. Solo faltaba que ahora comenzara a ver por todas partes hombres con cara de ave de presa.

Fuera por casualidad, o una de esas raras y crispadoras coincidencias, el caso fue que volvió a tropezarse con el mismo individuo un par de horas después, en otra calle céntrica. Él iba por la acera y el otro salía de un comercio, cargado con un gran paquete que aseguró a la trasera de su motocicleta. El individuo volvió a mirarlo, con intensa fijeza. Y él mismo estaba ya mirándole con vivo interés.

No había dudas, tenía cara de ave de presa. Aquella nariz corva, el afilado mentón, la boca cruel como un hachazo, salediza, igual que los pómulos, la cara estrecha, larga, triangular. Y los ojos...

Giancarlo nunca había visto ojos iguales en cara humana. Eran amarillos como los de los felinos, y con la pupila no redonda, sino oval. El blanco de los mismos aparecía anormalmente estriado de sangre. Eran los ojos más salvajes, más crueles, que él vio nunca en un ser humano. Sintió a su pesar un escalofrío cuando la mirada de ellos se le clavó.

Pero el desconocido apenas si le miró con fijeza medio segundo. Después, con total indiferencia, montó en la moto y la puso en marcha, alejándose. La suya era una potente motocicleta deportiva, de gran cilindrada, negra, con, ¿qué era aquello? Dos cabezas de Buitre pintadas a los lados del depósito.

—No sé quién es, pero no se trata de ningún recién venido. Por lo menos hace seis meses que entró a comprar la primera vez, desde entonces habrá vuelto una docena de veces, acaso. Compra provisiones de boca y siempre de lo mejor, también un par de botellas de licor extranjero, paga sin rechistar. Nunca le he preguntado su nombre. Siempre viene con esa motocicleta, creo que debe ser un aficionado al montañismo y no debe ir solo, con lo que compra aquí, dos personas tienen más que suficiente para tres días.

Aquel comerciante era como todos los de su casta, no se le podía pedir demasiado. Sin embargo, dijo algo que sobresaltó a Giancarlo.

—Últimamente se le ha afilado la cara. Lo comentamos el otro día y hoy aún se le notaba más. Antes aún se le podía mirar a los ojos, pero ahora ya no hay quien lo resista. Personalmente me resulta desagradable, pero es un buen cliente...

CAPÍTULO 7

UNA corazonada es una corazonada. Y el hombre sensato hace caso de ellas.

Giancarlo cogió su mejor escopeta de caza, dos docenas de cartuchos de perdigón grueso, especiales para caza mayor, metió en el coche a su perro «Attila», un animal grande y fuerte, leal y muy capaz de vérselas hasta con un tigre en defensa de su amo, y emprendió el camino de Roccamandolfi.

No llegó al pueblo, se detuvo junto a la aldeuca donde habitaba Larzetti, el pastor que viera antes que nadie al monstruo asesino. Ahora no vio ni oyó el habitual jolgorio infantil. Estaban los niños, sí, y las mujeres, y los viejos; pero silenciosos cerca de las chozas, inquietos, asustados, hostiles, incluso a él, que era bien conocido y de la tierra.

La mujer de Larzetti, no obstante, se mostró sumisa y amistosa.

—Está con el rebaño creo que a la parte del arroyo. Ahora no se aleja, ni nadie, ya sabe usted por qué.

En efecto, el pastor se encontraba a un kilómetro de su cabaña, con su rebaño. No se movió al verle llegar, lo acogió como de costumbre.

—Esto está muy concurrido ahora de día, además, con el sol fuera no sale el Buitre. Y hay que sacar a los animales. Lo peor es cuando cae la noche. No dormimos, con la escopeta al lado, velando el ganado por si se le ocurre venir a destruirnos.

Hablaba conciso y claro, sombrío, fatalista. Convencido de que el Demonio, con mayúscula, rondaba la región, y tarde o temprano, iba a venir por él.

—Le vi y él lo sabe. Cuando le parezca, vendrá a destruirme. Rezo todos los días a la Virgen, pero sé que vendrá.

Sin embargo, era valiente. Y con Giancarlo no tuvo empacho en hablar.

—No estaba lo bastante cerca para verle bien las facciones. Además, la cabeza era pequeña, como la de un niño, casi proporcionada al cuerpo. Sí, tenía una especie de melena clara, color de estopa, una nariz corva muy larga. Y le brillaba la boca como si los dientes fueran colmillos.

La otra pregunta no le sobresaltó.

—He visto a ese hombre que usted dice lo menos diez veces, desde la

primavera, cuando el alemán alquiló Monbaldone. Pasa con su motocicleta y no se detiene nunca. De cerca, lo que se dice de cerca, no lo he visto. Para mí que es amigo o ayudante del alemán. Esa gente vive como ermitaños, no tratan con nadie...

Las ruinas de Monbaldone tenían el mismo aspecto un tanto siniestro siempre, incluso bajo el fuerte sol otoñal. Pero esta vez no asomó el perrazo, lo hizo una mujer de edad indefinible, sobriamente vestida, de ojos negros, como puñales las pupilas, boca delgada y facciones oliváceas, cabello gris, voz chirriante y desagradable. No le abrió, desde luego.

—Déjenos en paz. No vendemos nada y nada tenemos que decir.

—Querría hablar con el profesor Klemens. Soy periodista...

—Váyase.

Iba a contestarle Giancarlo cuando vio aparecer a través del bosque que prácticamente ocultaba las ruinas, al hombre de la motocicleta. Había visto las huellas recientes del vehículo mientras se acercaba al monasterio. Ahora, sus sospechas terminaban de confirmarse.

Aquel individuo se comportó de un modo peculiar. A la vez parecía agresivo y cortés, su voz tenía curiosas inflexiones desazonantes, pero sobre todo era la salvaje maldad de sus ojos dorados, y la mirada no se podía sostener. Otro detalle que puso frío en la nuca de Giancarlo, los caninos de aquel individuo eran anormalmente largos, sobresalían casi medio centímetro de los dientes restantes, dándole, al hablar, un aspecto siniestro, repulsivo. Por lo demás, parecía educado, su dicción era correcta, su italiano impecable.

—Soy Klaus Mülder, ayudante del profesor. Ya hemos tenido excesivas intromisiones aquí últimamente y eso nos molesta. No puede ver al profesor, está muy ocupado con sus investigaciones. Claro que conocemos toda esa estúpida historia de crímenes. Muy italiana, desde luego; pero no nos importa, así se lo dijimos a la policía cuando estuvieron aquí. De noche dormimos o trabajamos, no nos ocupamos de lo que sucede en el exterior. Desde luego, no hemos visto volar al demonio.

Había una ironía salvaje, helada, en sus ojos mientras le disparaba las respuestas. Nunca, en su vida, Giancarlo se tropezó con una pareja tan desagradable como la formada por aquel hombre y aquella mujer. Mientras descendía de regreso al valle, le pareció estar sintiendo sobre su nuca la mirada de aquellos ojos dorados, crueles hasta más allá de toda explicación.

El Inspector meneó la cabeza tras escuchar el relato de su expedición.

—Visitamos las ruinas de Monbaldone y yo mismo conversé con el profesor Klemens. Es un hombre ya viejo, afable y educado, muy culto, un verdadero sabio. Estaban evidentemente muy impresionados y era lógico, demostró su horror ante lo que le contamos, pero aseguró no haber visto nunca nada semejante a lo que buscábamos. Nos mostró su laboratorio,

instalado en una especie de cripta bajo las ruinas. Impresionante, muy moderno y completo, al menos eso me pareció. Estuvo explicándonos detalladamente sus trabajos de bioquímica, aseguró que estaba a punto de realizar un descubrimiento trascendental que revolucionaría la producción de alimentos. Ya sabe, un sabio. Para mí, que se pasa semanas enteras sin salir de su laboratorio.

Estuvo de acuerdo con respecto a los otros dos.

—El ayudante es muy desagradable, sin duda. Esos colmillos saledizos y esos ojos suyos... Pero se comportó muy correctamente todo el tiempo, y no se puede sospechar de una persona por su cara, como usted sabe hace mucho que se superaron las teorías lombrosianas. En cuanto a la mujer, admito que tiene aspecto de bruja; pero también estará de acuerdo conmigo en que mujeres campesinas de edad mediana con aspecto de brujas abundan mucho en toda la región. Y, si me apura, por todo el país. Por otra parte, ellos llegaron a instalarse en Monbaldone hace siete meses largos. Retraídos, hostiles a la convivencia humana, en efecto; con una razonable y lógica explicación, son investigadores, necesitan la máxima tranquilidad. Klemens estuvo, creo, perseguido en su país por su colaboración con los nazis, parece natural que ahora rehuya la popularidad y el monstruo hizo su primera aparición hace apenas tres semanas.

Pero Giancarlo tenía una idea en la cabeza. Se fue a Roma y realizó algunas investigaciones por su cuenta, en una dirección que, al parecer, se le había pasado por alto a la policía.

Enseguida obtuvo resultados. Sorprendentes e inquietantes.

—Klemens podía haber llegado lejos, incluso conseguido el Nobel. Era un bioquímico de primera fuerza. Por desgracia para él, y para la Humanidad, se dejó tentar por el diablo, quiero decir que colaboró en los irracionales y criminales planes biogenéticos nazis. Ya sabe usted... Eso le costó pasar ocho años en presidio y otros cinco en un establecimiento psiquiátrico... Sí, su mente se desequilibró. Aunque fue dado de alta hace una docena de años por considerársele curado, de hecho no volvió a encontrar trabajo, profesionalmente acabado. Sabemos que residía en este país desde hace un año, más o menos, pero no exactamente cuál es su paradero actual. No tiene nada pendiente con la Ley, es un anciano de setenta y dos años...

La gran sorpresa llegó por otra parte.

—No existe ningún Klaus Mülder, en realidad. Usted debe referirse a un hombre cuyo verdadero nombre es Orso Nicolás Vetrani Mülder. Es, en efecto, súbdito alemán, pues su madre es alemana. Ella trabajaba en uno de los servicios de nuestra embajada en la época nazi y lo tuvo con un italiano. Al parecer, el padre no lo legitimó hasta su muerte, o poco antes, por presiones que se le hicieron, la madre era de excelente familia e hija de un jerarca nazi. Se llevó al niño a Alemania y más tarde casó con un

industrial. Resulta algo extraño que ese hombre prefiera usar aquí el apellido materno y su segundo nombre, pero no es exactamente delito.

Las sorpresas iban saliendo como cerezas de un cesto.

—Orso Nicolás Vetrani Mülder estuvo tres años internado en un establecimiento psiquiátrico en Baviera. Fue declarado irresponsable de sus actos en un proceso por violación, atentado y crueldad sádica, eso le salvó de una larga condena de prisión. Tiene bastante dinero, la madre se casó en segundas nupcias con un industrial que se enriqueció en la postguerra, ahora es viuda y dirige un pequeño feudo industrial, una mujer enérgica e inteligente. La ayuda su otro hijo, nacido de su segundo matrimonio. Orso Vetrani es un psicópata pero el dinero y las influencias de su madre lograron salvarlo, y después, sacarlo a la calle con un certificado de curación total. Debíó venirse entonces a Italia...

No es fácil para un italiano sonsacar a los alemanes, pero por otro lado hay muchos italianos en Baviera. Giancarlo se valió de ellos, y de sus dotes diplomáticas, para ganar terreno en sus investigaciones.

Las cosas tenían su propia dinámica. Un detalle atraía una confidencia, la confidencia un comentario, el comentario otro dato... Y el «puzzle» iba tomando forma. Mucho más aprisa de lo que Giancarlo imaginó al iniciar aquella investigación privada.

—Sí, el profesor Klemens estuvo internado aquí una temporada...

—Paranoico de instintos sádicos y tendencias al homicidio, para mí no hubo nunca dudas. Pero sus abogados y el dinero de su madre consiguieron un veredicto de inculpabilidad basado en esquizofrenia aguda. Una defensa muy hábil...

—Un sádico. Le gustaba torturar. Y esos ojos suyos...

—Sí; hablaba mucho de sus tierras de Italia, sus antepasados y todo lo demás. A menudo se excitaba planeando volver allí, recuperar el castillo y las tierras, reedificar el primero y vivir como un señor feudal.

—Conocía a Klemens, seguro. Yo mismo les vi más de una vez en animada conversación.

—Estudió Biológicas con aprovechamiento. Pero no me gustaba. Había en él algo morboso, malo... No, no terminó. Ocurrió aquel asunto desagradable y lo encerraron como insano...

Datos, confidencias, comentarios... Un cañamazo cada vez más tupido y concreto. Una base, ¿para qué?

Giancarlo sabía muy bien que no podía ir a la policía con una denuncia concreta. Antes, por encima de todo, necesitaba una última comprobación. Debería arriesgarse él, sin admitir compañeros en aquella aventura.

Volvió a Roma. Oriana estaba ahora residiendo allí, en casa de una amiga, sin apenas salir a la calle por miedo a ser reconocida y asaltada por un periodista, tuvo que escapar de Caserta a causa de ellos y la morbosa curiosidad de las gentes. Desde luego, conocía las sospechas de su novio y

estaba esperando con mucha ansiedad su retorno de Alemania.

—¿Qué has averiguado?

Giancarlo procuró no asustarla. Desde luego no le dijo lo que se proponía realizar, porque ella no se lo habría consentido. Así, se limitó a darle limitada información.

—Cabe la posibilidad de que ese profesor Klemens esté en el fondo del misterio. Tengo que confiar mis descubrimientos a la policía, pero es preciso actuar con suma discreción. Así que marchó a casa y me pondré en contacto directo con el inspector Trenzzini. Tú te quedas aquí, te llamaré por teléfono para contarte lo que haya...

CAPÍTULO 8

LA noche otoñal era fría allá arriba, en la montaña. Pero Giancarlo se había equipado adecuadamente. Incluso se trajo una cantimplora con excelente coñac francés para calentarse la sangre de cuando en cuando.

Ahora se encontraba tendido entre rocas y maleza a menos de quinientos metros de Monbaldone, en lugar adecuado para sus propósitos, puesto que dominaba las ruinas y además, le permitía un «camouflage» total. Junto a él, inmóvil, se encontraba «Attila», perfectamente entrenado, silencioso. Llevaba una excelente automática en el bolsillo de su zamarra de cuero y la escopeta de doble cañón, cargada con postas gruesas, capaces de destrozar a un hombre a cincuenta pasos, se encontraba a mano, al otro lado del perro.

En sus manos, unos potentes prismáticos equipados con un dispositivo de rayos infrarrojos para poder ver en la oscuridad.

Había llegado hasta allí siguiendo senderos del monte solo conocidos por la gente de la tierra, pastores y cazadores. Eligió la última hora del día adrede, para no tropezarse con nadie. En efecto, a nadie tropezó. La tarde era tormentosa y las gentes de la región sabían que el Buitre gustaba de aparecer durante, o inmediatamente después de una tormenta.

Llevaba allí más de media hora, era noche cerrada, aunque había luna llena, los densos nubarrones la ocultaban. La tormenta estaba todavía agarrada al Milazzo y los sordos truenos retumbaban en las concavidades de los montes de manera medrosa, de cuando en cuando un lívido relámpago rasgaba las tinieblas fugazmente.

No resultaba agradable la espera, pero se había hecho necesaria. Giancarlo tenía la certeza de que en Monbaldone se escondía la clave del siniestro misterio.

Por eso no apartaba la vista de las ruinas, por cierto completamente a oscuras. Gracias a los rayos infrarrojos le era posible distinguir con detalle las mismas. Pero los ojos le dolían de mirar, y nada...

¿Qué era aquello? ¡Ahora sí! ¡Allí estaba!

El corazón comenzó a golpearle con fuerza en el pecho mientras apretaba los ojos contra los binoculares. Allí delante, en la arruinada torre

del monasterio, una gran ave negra acababa de alzar el vuelo... justo en su dirección.

No cabían dudas, venía hacia él. Un sudor frío comenzó a brotar de la piel de Giancarlo y se le erizó el vello en la nuca, mientras el escalofrío le recorría la columna vertebral en desagradable sensación. ¿Sería posible que aquella cosa pudiera ver en la oscuridad, intuir dónde estaban sus presas?

Había tomado para ello sus medidas, estaba metido en un cubil de alimañas, profundo de metro y medio y ancho de un metro escaso, con dos peñascos grandes a ambos lados de su embocadura. En la oscuridad, utilizando un artilugio metálico que incrustó en las rocas y cubrió con ramaje y hojas, echando encima tierra y piedras, se había construido un resguardo perfecto. Sin embargo, aquella cosa infernal venía en su dirección.

Cuando la tuvo a un centenar de metros volvió a estremecerse sin poderlo evitar. Gracias a los rayos infrarrojos podía distinguir la cabeza al menos tan bien como la viera el pastor semanas atrás. Una cabeza del tamaño de la de un niño de un año, en efecto, acaso un poco mayor; pero humana, si podía llamarse humano a aquello.

Tampoco era normal la envergadura, el tamaño, del ave. De punta a punta de ala, debía medir más de cuatro metros, no existían cóndores de aquel tamaño. No tenía, desde luego, aquel tamaño el cóndor que un hombre con cabellos leonados y ojos amarillos había comprado meses atrás a un proveedor alemán de animales vivos para parques zoológicos, diciéndose aficionado a las aves. Y pagando sin rechistar lo que le pidieron. Claro que aquel era un cóndor muy vulgar.

Ya estaba a cincuenta metros. Giancarlo podía oír —se le habían hipersensibilizado los sentidos— el batir poderoso de sus alas. La bestia imposible volaba majestuosamente, remontándose, siempre como a unos diez metros sobre el terreno. Directo a él.

Junto a Giancarlo, «Attila» temblaba ahora visiblemente. Pero el magnífico animal no emitía ningún sonido desde que su amo le conminó, bajo y tenso el acento, a callarse. Sin duda su cerebro de animal superior estaba siendo agobiado por la percepción de lo sobrenatural, lo mismo que el del hombre.

Veinticinco metros...

Veinte...

A Giancarlo se le cortó el aliento y creyó que la sangre se le helaba. La cabeza del horrendo ser de pesadilla era la del hombre llamado Orso Nicolás Vetrani Mülder. Deformada, sí, pero la suya. Allí estaban sus ojos, mientras que sus anormales colmillos se habían convertido en cuatro cuchillas como de tigre, o jabalí, capaces de destrozarse cualquier presa y completando una especie de pico.

El potente aleteo de la bestia apocalíptica le retemblaba en los oídos y dentro del cerebro, estaba bañado en sudor frío, agarrotado por un horror sin nombre, superior a cualquier coraje. Veía algo que no podía sencillamente ser, pero sí era.

Retiró los prismáticos y asió la escopeta con movimientos maquinales, disponiéndose a vender cara su vida. Notó al contacto la total tirantez muscular del perro, su temblor fuerte.

Y entonces, la cosa horrenda remontó el vuelo, pasando sobre ellos sin descender, desapareciendo.

Por un momento, Giancarlo no pudo reaccionar. Luego lo hizo con una inefable emoción de alivio que relajó su sistema nervioso. No había sido descubierto.

Aún se demoró largo rato dentro del resguardo. No podía fiarse, aquella criatura de pesadilla sí podía haberle descubierto, pero dándose cuenta de su buen resguardo prefirió engañarle, haciéndole salir antes de caer sobre él por sorpresa.

Finalmente, se decidió. Poco a poco, con todos los sentidos en vilo, el arma larga empuñada, el dedo en el gatillo, se escurrió fuera de su resguardo.

Nada. La noche era silencio puro y un desgarrón inesperado, providencial, entre las nubes, le permitió ver lo bastante para advertir que no se encontraba cerca aquella criatura. Aun así, no se fio, tomó los prismáticos y escrutó el terreno a todo su alrededor. Nada. Se había ido, de caza...

Él también iba a hacerlo. Con el perro pegado a sus piernas —aún asustado —inició el descenso hacia las ruinas, de nuevo sumidas en la nocturna oscuridad. Al llegar junto al muro que las cerraba, deslió la escalera de cuerda ceñida a su cintura, y que por un lado terminaba en doble gancho de acero envuelto en tela recia, lanzando aquel extremo a lo alto. Al segundo intento logró afianzar el doble gancho en la parte superior del muro. Ordenando al perro aguardarle allí —cosa que no gustó al noble animal —trepó sobre el muro y a horcajadas en él, cambió la posición de los garfios para descender cómodamente por la escala.

Luego avanzó cauteloso por el interior de la propiedad. Habían vuelto a rasgarse los nubarrones y era una ayuda inapreciable la luz de la luna llena, pero Giancarlo se paraba a cada instante para examinar el terreno circundante con los prismáticos colgados de su cuello. No esperaba tropezarse con el perro y la mujer debía encontrarse, así como el doctor Klemens, dentro de las ruinas.

Allí estaban. Siniestras, fantasmales, en la negrura nocturna. Daban la impresión de no haber sido reparadas lo más mínimo, cosa que resultaba bastante lógica, pues las reparaciones costarían una fortuna. Lo que se había hecho era reparar una de las alas del antiguo cenobio, la

correspondiente a la vivienda de los monjes. Era bastante espaciosa, de muros recios y ventanas enrejadas, con una puerta antigua, claveteada. Pronto se convenció Giancarlo de que por allí no se podía meter.

Todo lo demás del monasterio estaba en ruinas, incluida la robusta torre, pero había sido en cierto modo reparado. La antigua iglesia no tenía techo, pero quedaban aún dos de los arcos que la sostuvieron. Parado a su entrada, Giancarlo examinó con los prismáticos el interior, no fiándose de la oscuridad allí reinante. Nada...

Tenía que haber alguna entrada, aquella criatura de pesadilla salió al parecer de la torre, pero la torre, de aún tres plantas de altura, no parecía lo bastante grande como para permitir el despliegue de las alas, cada una de dos metros de longitud. Sin embargo...

Encontró una puerta que daba entrada a la torre, pero estaba cerrada. Se puso a forcejear en ella, en vano. Estaba nervioso, consciente del valor del tiempo. Si aquella criatura demoníaca retornaba y lo encontraba en su cubil...

Allí, en la primera planta, había el hueco de forma de lo que en tiempos fuera una ventana ojival. Estaba a casi cinco metros de altura... pero lo tenía que intentar.

Regresando a donde dejara la escala, la soltó y retornó con ella junto a la torre. Necesitó varias intentonas para lograr que la escala quedara razonablemente prendida allí arriba. Ahora la escopeta iba a estorbarle, de modo que la dejó oculta al pie del torreón. Luego se cogió a la parte inferior de la escala, se aseguró de que los garfios resistían, y fue izándose, aprovechando las numerosas desmochaduras del recio muro.

Jadeaba cuando llegó al hueco de la ventana. Volvió a usar los prismáticos y entonces lo descubrió. Suerte, su idea de la luz infrarroja. De modo que era por allí por dónde salía el monstruo asesino...

Cambiando la posición de la escala, y afianzando con cuidado los garfios descendió con toda suerte de precauciones, hasta quedar colgado casi del final de la corta escala y con los pies en el reborde de apenas medio metro que corría por todo el piso de la torre. El resto era un agujero de unos cinco metros de diámetro. De hecho, el interior de la derruida torre estaba hueco, había sido arreglado de forma que, sin despertar las sospechas de un investigador rutinario, permitiera el vuelo de la horrenda criatura hacia lo alto.

Un simple montacargas, sin duda accionado por energía eléctrica. El Inspector le había dicho que Klemens disponía de un generador eléctrico en su laboratorio, de pequeña potencia, lo suficiente para sus necesidades de investigación. Seguro que habría otro, que no fue mostrado a la policía.

El problema consistía en descender. Gracias a la luz infrarroja, Giancarlo comprobó que el foso tenía una profundidad de entre diez y doce metros, a todas luces excesiva para un salto y también para la corta

escala a trajo. No parecía haber otra posibilidad...

Jugándose el todo por el todo, Giancarlo recorrió el reborde de rodillas, utilizando los prismáticos a fondo. Así logró dar con la pilastra de acero, engrasada, por donde circulaba uno de los engarces del montacargas. Lo demás fue cuestión de suerte y decisión.

La grasa le permitió descender muy aprisa y sin quemarse las manos, envueltas para preservarlas en su pañuelo y un trozo de su propia camisa rasgada al efecto. Cuando sus pies chocaron contra el suelo, se soltó, liberó las manos, sacó la pistola y le quitó el seguro, agazapándose un par de minutos al acecho de cualquier amenaza.

No la hubo. Y no tardó en hallar la entrada al túnel. No era grande, acaso un par de metros de anchura por idéntica altura, suficiente para el avance del ser monstruoso hasta la plataforma de salida. Un truco muy ingenioso pues el piso de la plataforma estaba formado por las viejas y rotas, pero grandes y recias losas que durante siglos pavimentaron el piso de la torre, y al subir, quedaban sin duda perfectamente encajados ambos pavimentos...

Ahora, Giancarlo avanzó con absoluta cautela, utilizando el visor de rayos infrarrojos antes acoplado a los prismáticos como lentes que le permitían ver en la oscuridad. Con la izquierda se lo sujetaba ante los ojos, con la diestra empuñaba la pistola, lista para disparar.

Silencio total. Un silencio opresivo, angustioso, y una mezcla de olores inidentificables, pero que, en su conjunto, recordaron a Giancarlo el que suele emanar del nido, o cubil, de un animal carroñero.

El pasillo tenía una veintena de metros de longitud y calculó que pasaba bajo la iglesia. De repente desembocó en una vasta cripta.

Allí no había nadie. Gracias a la luz infrarroja comprobó tal extremo, así como otros varios del máximo interés. Aquella debió ser en antiguos tiempos una cripta sepulcral, a juzgar por los sarcófagos de piedra, rotos los más, que se veían. Era redonda, de unos doce metros de diámetro, aparte los sarcófagos había nichos abiertos en las paredes de roca viva, un trabajo de trogloditas.

Además había un potente generador eléctrico, estanterías, mesas cubiertas de alambiques, retortas y todo un abundoso, completo, equipo de investigación.

Y un olor inconfundible, áspero, nauseabundo. Olor a carroña, a muladar, a pudridero.

Aguantándolo, Giancarlo se acercó al conmutador que había distinguido. Y lo movió. De súbito la cripta se iluminó con luces de neón situadas estratégicamente junto al techo, en las recias columnas que lo sostenían...

Allí estaba. El laboratorio secreto del doctor Klemens, aquel que, sin duda, no enseñó a los policías. Giancarlo conocía lo suficiente acerca de

laboratorios para saber que aquel era ultramoderno y completísimo, había costado una verdadera fortuna. Dos o tres de aquellos aparatos, millones de liras. El sueño de un investigador.

Aquel hedor a carroña era insoportable, como si se hubiera metido dentro de un pudridero. Lo llenaba todo, provocaba náuseas. Giancarlo se acercó, de manera instintiva, a uno de los sarcófagos, mirando.

Y se le pusieron los pelos de punta, mientras el horror y el asco se le mezclaban en el alma y el estómago.

No era para menos. Dentro del sarcófago de piedra había lo que se considera lógico haya en tales lugares: un cadáver.

El cadáver putrefacto, casi totalmente devorado, de una mujer, cuyo esqueleto aparecía del todo descarnado en muchos puntos, mientras en otros los jirones de carne verdiazulada, morada, negruzco-rojiza, aún estaban pegados a los huesos. Aquella mujer había debido ser muerta menos de un mes antes.

Dominando el horror y la náusea. Giancarlo buscó en el interior de los otros cinco sarcófagos de piedra aún enteros, salvo que ninguno tenía tapa. Tres estaban vacíos, otro contenía el cadáver de un hombre joven, casi un muchacho, igual que el de la mujer totalmente desnudo y también en estado de putrefacción, pero conservando apenas algún que otro jirón de carne sobre los huesos, salvo el cráneo. Al igual que la mujer, la cara no había sido devorada, podía verse perfectamente, entre la carne podrida, la mueca de infinita agonía y horror.

El quinto sarcófago era el mayor y más ornamentado. Dentro de él había un cadáver en la primera fase de descomposición, el de uno que había sido matado con el sistema habitual de la bestia demoníaca menos de una semana antes. Desnudo, naturalmente, pero intacto, salvo las horrendas heridas.

El cadáver, casi puros huesos y piel, de un anciano de cabellos escasos y blancos. Giancarlo supo, de inmediato, quién era aquel hombre: Frankenstein...

CAPÍTULO 9

EL Inspector Trenzzini mantenía los ojos fijos en aquel hombre que de forma tan intempestiva habíale despertado de un sueño que mucho precisaba. Pero no parecía enfadado, sino atento.

—Ordenaré que se prepare de inmediato un destacamento...

—No hay tiempo que perder. Y un destacamento sería sin duda descubierto por él, dándole tiempo a huir, o bien a atacar a su modo.

—¿Pretende que vayamos los dos solos a vérnoslas con eso? Es una locura, recuerde lo sucedido...

—Escúcheme, Inspector. He visto por mis propios ojos a esa cosa horrenda, ese engendro demoníaco y aún estoy vivo. He entrado en su cubil y creo haber descubierto su secreto, aún estoy vivo. Sé que la única oportunidad que tenemos de terminar con esta pesadilla consiste en llegar a las ruinas antes de que él regrese y dispararle. No es un fantasma, ni un demonio, tampoco creo que sea invulnerable. La clave de sus éxitos ha sido el hecho de ver de noche muchísimo mejor que sus víctimas, atacarlas de improviso y sobre todo, que su aspecto las paralizó de horror, impidiendo que pudieran dispararle con la debida puntería. Si nos emboscamos adecuadamente, manteniéndonos alerta, sabedores de con qué nos tenemos que enfrentar, la ventaja estará a nuestro favor. Eso sí, hay que tirar a matar de inmediato. O él nos matará.

Había realizado el viaje de retorno desde el monasterio en ruinas hasta la carretera a mayor velocidad que sus piernas podían permitirle en la oscuridad nocturna, tras lograr salir de aquel antro de horrores sin ser descubierto por la arpía que dormía en la parte reconstruida. Luego condujo su coche a toda velocidad, consciente del inmenso valor del tiempo y con una teoría que remachó ahora el Inspector.

—Sale al anochecer en busca de sus presas, como se sabe a la vez muy buscado y muy temido, elige para cada excursión una ruta distinta y cada noche se aleja más, porque cada vez le resulta más difícil encontrar presas. De ahí que me sienta seguro de que no retornará hasta poco antes del alba. Pero, se lo repito, puede encontrarse en cualquier parte y descubrir los faros de los coches, oír el ruido de los motores, qué sé yo... Hemos de irnos

enseguida, apurando el tiempo, los menos posibles, tres o cuatro...

Convenció al Inspector. Y poco después ellos dos, con un par de hombres más un agente y un cabo de carabineros, a quienes no se había dicho la verdad completa, estaban remontando de nuevo el alto valle del Biferno. Habían dejado al perro de Giancarlo.

—¿Y si ha regresado cuando lleguemos?

—Descubrirá, sin duda, la escala que dejé colgada a la parte interior de la torre, sabrá que su secreto ha sido descubierto y se preparará a vender cara su vida. No puedo ni siquiera imaginar qué suerte de demoníacas transmutaciones se operan en su cerebro al ocurrir esta metamorfosis, o como queramos llamarla, pero no caben dudas de que pierde todo vestigio de humanidad para convertirse en un carroñero aficionado a la carne humana en descomposición. Parece demasiado alucinante, pero con mis propios ojos he visto a esos dos cadáveres devorados a medias dentro de los sarcófagos.

—Adelina Forlani y Matteo Granara. Ella desapareció hace ahora diecisiete días, cuando iba desde San Massimo hasta su casa. Viuda reciente, sin hijos, vivía con sus padres en una casa de campo junto a la carretera, a kilómetro y medio del pueblo. Esa noche tuvo que ir por unas compras al pueblo y se le hizo tarde en casa de una amiga, pero era mujer decidida, fornida y estaba habituada a caminar por el campo. Desapareció sin dejar rastro. Granara era un estudiante de Sepino aficionado al excursionismo. Salió de su casa hace dos semanas para una de sus excursiones con un compañero, este se puso enfermo a última hora y Granara continuó solo, con propósito de pernoctar en el monte como otras veces. Se encontró su equipo, pero de él, ni rastro. Son dos de las cinco inexplicables desapariciones en los últimos tiempos en esta zona, cuando aún no se sospechaba la presencia del monstruo. Tuvo que matarlos y llevárselos volando.

—No. Recuerde que le he visto hace pocos días en la ciudad, hecho un ser humano de apariencia normal. Estoy convencido de que se transmuta adrede en ser de pesadilla por medio de algún demoníaco descubrimiento del doctor Klemens, y que por los mismos métodos recobra su ser humano. No hay palabras lo suficientemente claras y expresivas para definir ese proceso, habría que recurrir a un vocabulario de ciencia-ficción. De alguna forma que tal vez nunca conozcamos, Klemens logró la desintegración de las moléculas en el curso de sus investigaciones, y Orso Vetrani, paranoico de instintos criminales, sádico, tal vez poseído de una demoníaca tara mental, decidió convertirse él mismo en sujeto de experimentación, con el fin de aterrorizar a la región que un día perteneciera feudalmente a sus antepasados y conseguir así el mismo tipo de dominio que hace siglos tuvo su famoso antepasado Orderico. La siniestra leyenda del Buitre le dio la idea, pero calculó que necesitaba el mayor de los Buitres, uno que,

además, no existía en este país, así aumentaría el horror. Hasta qué punto Klemens y él sabían al principio de sus experimentos, las consecuencias probables de los mismos, Klemens ya no podrá decírnoslo. Tampoco Vetrani. Y no creo que la criada esté al corriente de todo, aunque puede que me equivoque. El montacargas puede accionarse, desde la cripta, Vetrani puede hacerlo cuando aún es humano, salir trasmutado, retornar, volver a recuperar la forma humana y elevar el montacargas, cerrando la entrada. La puerta de la cripta es de acero y se abre por dentro.

—¿Por qué mataría a Klemens?

—Tal vez porque se asustó al ver el extremo a que había llegado su experimento. O porque ya no lo necesitaba, habiendo aprendido las fórmulas y manipulaciones del mismo. O simplemente por un irrefrenable impulso. Si no lo ha devorado tal vez sea a causa de su mucha edad y poca carne...

Llegaron al punto donde debían apearse. Apagadas las luces y el motor, lo hicieron en silencio. El agente de policía y el cabo de «carabinieri» ya sabían mejor lo que pasaba, a dónde iban. Eran hombres curtidos, iban estupendamente armados, con sendas metralletas ligeras; no iban tranquilos, ni a gusto. Solo la disciplina, el sentido del deber, les hacía seguir adelante.

Caminaron en absoluto silencio y muy alerta, sin ninguna luz. Giancarlo iba delante y de cuando en cuando, con su visor de luz infrarroja examinaba el encapotado cielo de la madrugada, el terreno circundante, en busca de señales de peligro. Los demás le seguían muy de cerca y en fila india. La noche era húmeda, fría, lúgubre, silenciosa... de aquellarre, propia para ir a la caza de monstruos.

Eran las cuatro y media de la madrugada cuando alcanzaron las tapias de Monbaldone. Todo se encontraba envuelto en total silencio, aún faltaba casi una hora para el alba.

—Si no ha vuelto, la verja estará abierta, también la puerta de la vivienda.

Giancarlo había salido por camino distinto al que usó para entrar y dejó las entradas en condiciones de penetrar de nuevo fácilmente. Ahora, él y el inspector se acercaron a la verja bajo la protección de los dos inquietos y bien armados agentes de la ley.

Estaba solo encajada y cedió con ligero chirrido. Pero no significaba aún que el monstruo no hubiera regresado. Podía estar esperándoles...

Entraron en la propiedad.

—El perrazo que de día guarda la finca deben encerrarlo de noche en lugar seguro, donde no perciba la presencia del monstruo. De noche no es necesaria su vigilancia, puesto que nadie va a venir por aquí.

Maleza y sombras, silencio y miedo. Los cuatro hombres, apretujados, se acercaron lentamente al ala reedificada del antiguo cenobio.

—Una vez dentro, el riesgo termina, prácticamente. Habitaciones y pasadizos subterráneos no son lo bastante amplios para que pueda desplegar sus alas.

También estaba simplemente encajada la puerta de entrada a la parte reedificada. También chirrió un poco, muy poco.

Dentro, negrura total. Pero de inmediato brotó una saeta luminosa. El inspector había encendido su linterna eléctrica de bolsillo, mientras mantenía firmemente empuñada su pistola con la otra mano. La flecha luminosa recorrió despacio el vestíbulo. Nada.

—Por aquí...

En silencio, la procesión de hombres avanzó por el interior, abrieron otra puerta, descendieron unas escaleras y entraron en una vasta habitación. El laboratorio de investigaciones «oficial» de Klemens.

Tanto Giancarlo como el inspector ya habían estado allí. Era una habitación muy grande, antiguo refectorio de la comunidad, aparecía llena de todo lo que debe contener un moderno laboratorio de investigaciones. Giancarlo se encaminó hacia el fondo del mismo, le siguieron y dos linternas eléctricas centraron sus rayos luminosos en el mismo punto. Un alto y recio armario metálico lleno de probetas, instrumentos y demás artilugios científicos.

Dejando la escopeta arrimada a la pared, Giancarlo empujó con ambas manos aquel armatoste y los otros le vieron ceder con suavidad en silencio, dejando en su lugar el hueco de una puerta.

—Muy ingenioso. Nunca lo habríamos sospechado.

—Se abre y cierra desde el interior, al menos que yo sepa. La plancha de acero que figura al fondo del armario tiene varios centímetros de grosor, vamos.

Entraron, dejando la puerta secreta abierta. Estaban en una pequeña habitación de la que descendía una cómoda escalera de caracol.

—Cincuenta peldaños como mínimo, no los conté. El piso de la cripta está a unos doce metros por debajo del nivel del suelo.

Aquella escalera era muy moderna.

—Todo esto lo construyeron obreros extranjeros, contratados *ex profeso*, prácticamente desconocedores del idioma y sobre planos que debió realizar algún arquitecto sin saber dónde se construirían. Recuerdo muy bien que hubo bastante malestar en Roccamandolfi a causa de eso, pero todo terminó cuando los extranjeros fueron despedidos y se contrataron peones del país para reedificar el ala del edificio. Naturalmente, todo el trabajo de la instalación principal y secreta ya estaba hecho, los del pueblo nada sospecharon.

Por fin terminó la escalera de caracol. En otra habitación casi idéntica a la de arriba. Allí ya hedía a carroña, los hombres se miraron, pálidos a la luz de sus linternas.

—Ese es el laboratorio secreto de Klemens. Prepárense.

La sólida puerta de acero estaba abierta. Giancarlo entró el primero, con la escopeta alistada y se hizo aprisa a un lado, moviendo la mano hacia el conmutador eléctrico que sabía estaba allí.

La luz, sacando de las tinieblas la vieja cripta convertida en laboratorio, también en cubil de un ser horrendo, reveló que la bestia de pesadilla aún no había regresado. Los cuatro hombres acusaron el fuerte hedor en sus narices con elocuentes muecas.

—Es como meterse en un pudridero...

—Exactamente. Síganme.

Ya estaban preparados, pero la vista de los cadáveres reducidos a un montón de huesos apenas recubiertos con piltrafas de carne corrompida, con lo que aquello sugería, les afectó profundamente, tanto al inspector como al agente y al cabo de carabineros. El mismo Giancarlo no pudo sustraerse a aquella reacción.

—Es horrendo...

Se replegaron, dominando la náusea, para mirar a su alrededor, pálidos y afectados.

—Desde luego, este laboratorio es distinto al de arriba. Y mucho más completo.

—Klemens se dedicó durante la guerra a experimentos biológicos ultrasecretos, del tipo de aquellas descabelladas experiencias ordenadas por Hitler para conseguir la Superraza. Tal vez llegó a descubrir algo realmente tremendo, tal vez su cerebro se sintió afectado en alguna forma por la índole de sus experimentos. Más tarde, al salir del centro psiquiátrico, no caben dudas de que su mente, ya desquiciada, pero a la vez lúcida, siguió con tales experimentos y cuando otro loco le ofreció financiarlos, vio el cielo abierto.

—Igual que el doctor Jekyll, que Frankenstein...

—Son el símbolo de una ciencia satánica, que no solo niega a Dios sino que también pretende imitarlo y cuyas consecuencias los demás pagamos, pues la ciencia, incluso la bienintencionada, sin un control moral, únicamente sabe destruir las fuentes de vida en el planeta. No podemos olvidarlo.

—No... ¿Ese es el túnel?

—Sí. Conduce directamente hasta la plataforma. Y ahora que pienso, debemos recuperar la escala que dejé colgada a la parte interior de la torre. La descubrirá instantáneamente y sabrá que su secreto ha sido revelado, imaginará la verdad y tratará de huir, amparado en la oscuridad, al menos alejándose lo suficiente para forzarnos a salir a buscarlo.

—Vamos, pues. Quiero atraparlo aquí mismo, donde no pueda atacarnos.

Retrocedieron a toda prisa hasta el laboratorio alto, luego, con más

cautela para no despertar a la mujer que debía estar durmiendo en alguna de aquellas habitaciones, volvieron al exterior.

Siempre con los otros dos manteniéndose en guardia, Giancarlo y el inspector corrieron a través de la arruinada iglesia hacia la torre. También Giancarlo había dejado abierta y encajada aquella puerta, ahora no tuvieron ninguna dificultad en penetrar en la torre.

—Cuidado. El reborde es estrecho.

—El propio Vetrani nos abrió esta puerta cuando vinimos. Recuerdo muy bien el piso, sucio de cascotes y yerbajos. Ni a mí ni a nadie se nos ocurrió que por aquí pudiera salir esa cosa.

—Pues por aquí sale. Un momento, recojo la escala y volvemos al interior.

—Apure. Son las cinco menos unos minutos, ya no debe tardar.

Eso bien lo sabía Giancarlo. De modo que se apresuró a soltar la escala y salir de allí, enrollándola. El inspector cerró la puerta...

Y en el mismo instante oyeron el alarmado aviso del cabo.

—Ahí está.

Los dos se volvieron a la vez, agarrotados por la misma idea. Acababan de ser cogidos en la peor posición posible, Giancarlo con el enredijo de la escala en las manos y su escopeta arrimada a la pared, el inspector con su pistola en el bolsillo y ocupado en cerrar la puerta de la torre.

Allí estaba. El ser infernal e imposible, la criatura horrenda que comía carne humana putrefacta, el enorme cóndor andino con cabeza humana. Con un fuerte aleteo y sin duda una salvaje ansia de matar a quienes habían osado venir a buscarle en su propio cubil.

—Dispárenle. Rápido, dispáren.

Los estampidos retemblaron en las derruidas paredes de la iglesia, que parecieron devolverlos con creces. Ya Giancarlo corría a atrapar su escopeta y el Inspector sacaba su pistola, ambos disponiéndose a coadyuvar a la lucha. Oyeron perfectamente aquel sonido agudo, horrisono, como de pajarraco malherido.

Y vieron cómo el monstruo, tras caer con violencia suma sobre los que le disparaban, derribándolos, al impacto de sus enormes alas al cabo, con el golpe asesino de sus garras al agente, remontaba de pronto el vuelo sin proseguir su ataque, emitiendo aquel lancinante grito de dolor.

Se miraron. Aún no aceptaban haberse salvado.

—Le dimos, está malherido.

—Por poco acaba también con nosotros.

Corrieron junto a los caídos. El cabo solo había recibido un tremendo golpe con el ala del monstruo, pugnaba por levantarse con una intensa mueca de dolor y parecía abrumado.

—Creo que me ha roto el brazo por el hombro... Creí que no lo contaba, jamás esperé algo así.

Lo del agente era peor, aunque por fortuna, no mortal. El salvaje y asesino zarpazo destinado a su cuello le había fallado por poco, pero tenía todo el hombro izquierdo desgarrado, desde la espalda al pecho, y la sangre le escapaba a borbotones por las heridas.

—¡Hay que restañárselas! Rápido, tenemos que bajar por el monstruo.

—A la casa con él, allí han de tener algo para curarle.

Cargaron con el herido, sin descuidar las armas, y corrieron cuanto les fue posible, seguidos a trompicones por el cabo, con su brazo roto y la metralleta empuñada solo con la mano sana. Ahora sonaban los largos aullidos del perrazo en algún punto dentro de la casa.

Giancarlo empujó la puerta con los hombros, entrando de espaldas en el vestíbulo con su carga, tras él pasó el Inspector, seguido del cabo. En el mismo momento que este último lo hacía, la habitación se iluminó de golpe.

En lo alto de la escalera estaba, en camisón y muy alarmada, la criada con cara de bruja. Se sobresaltó mucho al ver abajo a los cuatro hombres y a su cara asomó algo indefinible, una mezcla de miedo abyecto, rabia y muchas cosas más. Hizo un ademán de retroceder, pero se lo cortaron la metralleta del cabo y la dura orden del Inspector.

—Tú, abajo, aprisa.

Obedeció, no aprisa, sino remolona, con los negros ojos repletos de miedo, odio y rabia, mientras colocaban al agente herido sobre la larga y recia mesa que había en mitad del vestíbulo, tras desembarazarla de cacharros expeditivamente. El Inspector habló a la mujer mirándola a los ojos.

—Aprisa, todo el material de curas que tengas. Cabo, deje la metralleta, tome mi pistola y vigílela mientras va por las curas, que vende luego al agente Sangiorgio. Si ve que intenta algo, lo que sea, mátela, es una orden. Yo responderé por las consecuencias.

—Sí, señor. No necesita decírmelo. Andando, bruja.

—Vamos, Volterra. Coja esa metralleta. ¿Sabe usarla?

—Me parece que sí.

No podían ahora entretenerse a atender al herido. Corrieron hacia el laboratorio superior y se metieron por la puerta secreta.

—Si cierra la puerta de abajo tendremos que entrar por la torre. Y si también sube el montacargas necesitaremos explosivos.

Era el temor de ambos, ahora. Si Orso Vetrani conseguía recuperar la forma humana, aunque estuviera malherido, podría encerrarse dentro del laboratorio de la cripta, y solo él sabía si le era posible curarse, qué acción o acciones podría planear su malsano cerebro.

Casi a brincos descendieron la escalera de caracol, llegando finalmente abajo. Con la misma ansia miraron.

La puerta estaba como la dejaron al salir, abierta. Dentro, negrura. Ya

que apagaron las luces al marcharse.

—Cúbrame, voy a dar la luz.

—Adelante.

Con la máxima cautela y todos los nervios en total tensión, mientras el inspector, empuñando la otra metralleta, se colocaba algo delante suyo, rodilla en tierra, Giancarlo avanzó la mano hacia el conmutador, lo asió y de pronto, dio la luz.

Sus ojos, y los del inspector, buscaron veloces al monstruo.

Luego, los dos emitieron el mismo profundísimo suspiro de alivio, mezclado con otras profundas sensaciones. El Inspector se levantó, despacio, y los dos se acercaron, casi hombro con hombro, al punto, entre el sarcófago donde se encontraban los restos de la mujer y la gran mesa cubierta de material de laboratorio, donde se encontraba Orso Vetrani.

Orso Vetrani. Totalmente desnudo. Totalmente muerto. Totalmente acribillado a balazos, de cuyos agujeros se escapaba su venosa sangre, en apariencia idéntica a la de cualquier otro humano. Retorcido en una descoyuntada postura, como si la muerte le hubiera llegado cuando intentaba, desesperadamente, alcanzar algo de lo que había en aquella mesa.

La cara de Orso Vetrani ya muerto, era apenas humana, siéndolo cada una de sus facciones. El conjunto hubiérase dicho que remedaba la cabeza de un Buitre.

CAPÍTULO 10

AHORA era día claro y además, un día espléndido, de esos que hacen tan grato el otoño en el sur de Italia. El sol estaba alto y calentaba, aunque de vez en cuando, al colocarse bajo él alguna de las panzudas nubes traídas por el viento del mar, se notara un hálito de frío.

Giancarlo se encontraba confortablemente tumbado en una amplia butaca, con un vaso mediado de bebida tonificante en una mano y un cigarrillo a medio consumir en la otra. A pesar de su palidez y sus ojeras, su actitud y expresión no eran las de un enfermo. Si acaso, la de alguien sumamente cansado.

En efecto, estaba más que cansado, agotado, físicamente al menos; pero con la mejor compañía que pudiera desear.

—Oficialmente, ya lo sabes, el asesino ha sido un loco peligroso, un paranoico llamado Orso Vetrani, último descendiente de la familia que poseyó este feudo en la Edad Media. Había adquirido y amaestrado a un enorme cóndor andino que entró de contrabando en el país, al que enseñó a atacar de noche y todo eso. Él cazaba con su cóndor amaestrado igual que lo haría un gran señor antiguo con sus halcones, pero utilizaba unos guantes terminados en garras de hueso sumamente afiladas, muy grandes, para ahondar las heridas provocadas por las del cóndor, haciendo creer así en la existencia de un ave aún mayor. Bueno, sobre eso se ha montado una historia muy plausible que explica, mal que bien, todos los asesinatos. Esperamos que la gente, al menos la que no es de por aquí, se la crea y olvide pronto el asunto. A los de la región no se les va a poder engañar, pero contamos con la otra falsa explicación, que Orso Vetrani se alió con el diablo y consiguió de este ser convertido en ave de pesadilla, baste y sobre a su superstición, también a la avidez informativa de algunos periodistas.

Oriana estaba sentada frente a él, también fumando y bebiendo. Ambos hallábanse en una de las habitaciones del ahora cerrado y bien cerrado castillo de Roccamandolfi, donde los periodistas y fotógrafos no podían entrar ni siquiera usando sus conocidos subterfugios. La muchacha había venido apresuradamente desde Roma al recibir la llamada de Giancarlo, pudiendo ambos encerrarse allí antes de que los periodistas se enteraran y

les acosasen.

Estaba verdaderamente guapa, pálida, ojerosa y muy seria, vestida con sencillez y peinado, sin pintar, juvenil, delicada, adorable. Mirándola, Giancarlo pensaba, con honda complacencia, en todo lo que iba a depararles el próximo futuro. Bien que lo necesitaba.

—Pero la verdad...

—La verdad es demasiado increíble para poder contársela a la masa, Oriana; incluso gentes que se autoconsideran muy cultas, muy formadas, no la admitirían, exigirían toda clase de pruebas.

—Pero las hay...

—Las hay, y no las hay. De momento, la autoridad superior ha clausurado Monbaldone, cercándolo con «carabinieri» que tienen órdenes tajantes. Están desmontando cuidadosamente el laboratorio de la cripta para trasladarlo al Instituto Biológico de Roma y, allí, tratar de averiguar qué fórmula, o fórmulas encontró en el curso de sus investigaciones Klemens. También se han apoderado de todos sus escritos hallados en la casa. El cuerpo de Vetrani ha sido también llevado a Roma, dónde están analizándolo con toda clase de técnicas.

—Es espeluznante.

—Es necesario, incluso por el bien de la Humanidad. El Gobierno tendrá que comunicar los resultados de la investigación a otros gobiernos, probablemente a las Naciones Unidas, en máximo secreto. Y lo más lógico será que si logran dar con la fórmula de Klemens la destruyan, sin dejar copias de la misma. Los resultados se han probado excesivamente horripilantes. Ya tenemos bastante medios de autodestruirnos, no vamos a ponernos a crear monstruos de pesadilla para satisfacer la demoníaca soberbia de un puñado de Frankensteins que consideran a la ciencia como el único dios posible y existente. Al menos, es mi opinión y también la de muchos, he podido oírse la al Ministro y al Decano de Biológicas, entre otros.

—Así sea, y que prevalezca la sensatez. Yo no podré olvidar jamás lo que vi ahí afuera aquella noche...

—Tendrás que conseguirlo, como yo intentaré olvidar al máximo posible la pesadilla que viví la otra noche. Lo necesitamos para poder seguir viviendo en paz, como seres humanos normales, Oriana.

—Lo sé, Giancarlo. Y lo procuraré, con todas mis fuerzas. Pero no será fácil...

Eso bien lo sabía Giancarlo. Como sabía que en adelante su propia existencia ya no sería igual a la anterior a toda aquella pesadilla. Había visto algo que probablemente ningún hombre, fuera de los protagonistas, había presenciado jamás, pudiendo contarlos después. Él, y el Inspector Trenzzini, eran de hecho los únicos que podían testificar todo lo ocurrido. La criada de Klemens y Vetrani había resultado otra débil mental, una

mujer de baja extracción social e instintos criminales, sadomasoquista, firmemente convencida de ser bruja, tener pacto firme con el diablo y haber estado sirviendo al mismísimo Satanás en sus abominables transformaciones. De sus declaraciones confusas, incongruentes, una sola cosa se sacaba en claro: no tenía ni idea de qué era lo que realmente sucedía dentro de la cripta. Para ella, que nunca entraba allí, allí vivía su amo, Satanás.

Satanás... Posiblemente, sí, en cierto sentido. El Mal había impregnado las ruinas de Monbaldone, eso era cierto, como que en adelante ni por todo el oro del mundo iba a acercarse nadie de noche por allí. De todos modos, existía el proyecto de volar con explosivos todo el conjunto de ruinas, para evitar tentaciones a mentes deformadas o enfermas. Algo era...

A él tardarían en dejarle tranquilo. De momento lo hacían por poderosas razones, las mismas que habían llevado a sacar de la circulación al Inspector, al cabo de carabineros y al agente que le acompañaron a Monbaldone. Había que sellar sus labios, aleccionarles sobre la historia que en adelante todos tendrían que contar.

Luego, el tiempo tendería su mano de silencio y olvido sobre lo sucedido, acabarían siendo conseja de viejos, como tantas y tantas siniestras historias del pasado, Giles de Retz, Barba Azul, los Templarios, Merlín, los alquimistas, los brujos... ¿Cuántos de ellos no fueron, en la realidad, protagonistas de algo imposible de explicar por medios racionales? Nunca se sabría. Y era lo mejor...

—Te has quedado abstraído. ¿En qué piensas?

Suspirando, Giancarlo dejó el vaso vacío sobre la mesita y se levantó, para decirle sonriente, tendiéndole la mano:

—En nosotros y nuestro futuro. En nuestros planes. En mi intenso deseo de hacerte feliz.

A la muchacha enamorada eran las palabras que más podían complacerle; tan evidente como que Oriana no acababa de creerse aquella afirmación, pero no lo demostraría. Tomó su mano y, sonriente también, se levantó. Quedaron mirándose.

—Vamos ahí fuera, a la terraza, a qué nos dé el aire y el sol.

—Debe haber fotógrafos de prensa detrás de cada árbol.

—Deja que trabajen, tienen también que ganarse la vida. Verán a un par de enamorados y eso será todo.

Le ciñó la cintura, la atrajo a sí, la besó en la boca jugosa y dulce con golosa fruición. Oriana le echó un brazo al cuello y correspondió con limpia avidez a la caricia...

Luego salieron, enlazados por la cintura, al balcón de la estancia. Tenían ante ellos el paisaje agreste, grandioso, duro y ciertamente bello de las montañas, con la alta cima del Miletto señoreándolas al este. El cielo era de un brillante azul, pocas las nubes perezosas, fresco el viento,

volaban las últimas golondrinas con su piar agudo entre los árboles del parque y las casas del pueblo se apiñaban abajo, en la ladera, descendiendo hacia el escueto valle. Comenzó a sonar una campana en la iglesia, anunciando horas. Hasta allí llegaban confusos y mezclados los ruidos del pueblo, las gentes que podían verse en alguna calle semejaban hormigas. Todo era riente, claro, apacible, como casi siempre lo fue allí.

Instintivamente, ambos enamorados miraron hacia el punto donde cayó asesinada la primera víctima notoria del monstruo. Luego, hacia el punto, invisible tras la montaña donde se encontraba Monbaldone.

—Voy a vender todo esto, Giancarlo. No quiero quedarme con nada aquí.

—Harás muy bien. No he de ser yo quien te lo impida.

De rebote, Oriana había salido bien beneficiada. Renzo Morrone la consideraba su única heredera, aunque de haber llegado a casarse con la marquesa viuda habría sin duda modificado su testamento, el único que existía dejaba claramente consignado que su sobrina carnal era su única heredera legítima. Sería un buen puñado de millones.

—No sé qué hacer, Giancarlo, si aceptarla o no. Es dinero del crimen.

—En efecto. Tampoco yo me sentiría muy a gusto quedándome con él. Pero hay que ser sensatos y ecléticos. La base de la fortuna de tu tío procede sin duda del crimen: pero una parte de sus beneficios los invirtió en negocios limpios, sin duda para cubrirse con el Fisco y las autoridades, pero evidentemente no puedes considerar tales negocios como los demás. Creo que debemos hacer una cuidadosa separación de propiedades, te quedas con aquellas cual origen sea claro y razonablemente honrado, el resto lo entregas a instituciones benéficas...

En cierto modo, era un alivio poder pensar en cosas así, tan vulgares, corrientes. Se evitaba el seguir pensando en aquel horror que durante varias semanas planeó sobre la región, en todo aquello que viera la tremenda noche en que pudo vencer al Diablo.

Y eso era bueno, sin lugar a dudas.

FIN